

La Ilustración Artística

AÑO XXIV

BARCELONA 16 DE OCTUBRE DE 1905

NÚM. 1.242

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

JOYAS DEL ARTE MODERNO

ADMIRANDO LA OBRA, CUADRO DE ROMÁN RIBERA

Román Ribera ni decae ni envejece. A pesar de los años transcurridos desde sus ruidosos éxitos en la capital de la vecina nación, continúa sustentando sus nobilísimos empeños de vencer las dificultades de la línea y del color. Complácese hoy

como ayer en arrostrar obstáculos, en alcanzar prodigios de ejecución, apareciendo siempre dueño de la paleta, maestro en el trazo, campeón decidido de la distinción y del buen gusto. El cuadro que reproducimos es dignísima pareja de otros lienzos que le han reportado notoriedad. La expresiva cabeza del artista, que como figura principal destaca en el cuadro á que nos referimos, es una obra digna de encomio y por lo tan-

to del buen nombre de un artista tan distinguido. Vano es el empeño de aquellos que trataron de establecer comparaciones entre Ribera y otros artistas extranjeros meritisísimos, puesto que si, como alguno de aquéllos, se distingue por la delicadeza de la factura, merece aplauso por su habilidad y maestría. Ribera es personalísimo: su nombre, hoy digno de respeto, constituye una de las glorias del arte patrio.



ADMIRANDO LA OBRA, cuadro de Román Ribera. (Salón París.)



Texto.—Revista hispano-americana, por R. Beltrán Rózpide. — Félix. Cuento para los niños y las personas mayores, por Rafael Ruiz López. — Aíes nacionales. Las seguidillas manchegas, por Alfonso Pérez Nieva. — El viaje de M. Loubet á Madrid. — Congreso internacional de la tuberculosis, celebrado recientemente en París. — José M.^a de Heredia. — La cuestión de Marruecos. — Miscelánea. — Problema de ajedrez. — Una cadena, novela de Gustavo Hué, con ilustraciones de Simoni. — La caricatura en España. Sileno. Montseserín. Rojas, por Manuel Carretero. — Ferruccio Garavaglia. — Libros.

Grabados.—Admirando la obra, cuadro de Román Ribera. — Dibujos de Rosenmayer que ilustran el cuento titulado Félix. — M. Loubet, Presidente de la República Francesa. — La granja de Marsanne, en donde nació M. Loubet. — París. El Palacio del Eliseo, residencia oficial de M. Loubet. — Congreso internacional de la tuberculosis. Dormitorio antiguo. Dormitorio higiénico. — Sesión inaugural de dicho Congreso en París. — El poeta francés José M.^a de Heredia. — Daniel en la cueva de los leones, cuadro de A. Baur. — Monumento erigido en Lieja (Bélgica) á Carlos Rogier, obra de C. Sturbelle. — El príncipe Radolín firmando el compromiso franco-alemán. — Por horas, caricatura de Sileno. — Sur-la-glacé, caricatura de Montseserín. — Cuatro palos, caricatura de Rojas. — Demetrio Montseserín. — Sileno, apunte de Sancha. — Rojas. — El actor italiano Ferruccio Garavaglia.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Costa Rica: extraordinario incremento del cultivo y la exportación del plátano: fomento de los intereses materiales: la campaña electoral para la renovación de la presidencia de la República. — **Colombia:** restablecimiento de las buenas relaciones con Venezuela: la Fiesta Nacional: necesidad de restaurar el principio de autoridad. — La Unión latino-americana: iniciativas de Castro en Venezuela: conveniencia de fomentar relaciones entre las Repúblicas latinas de América y entre éstas y Europa, especialmente con España. — La obra civilizadora de España en el Nuevo Mundo. — El cuarto centenario de la muerte de Cristóbal Colón.

Los ministros de Fomento y Hacienda de la República de Costa Rica han dado cuenta en sendas Memorias del estado de los servicios que corren á su cargo y de los más importantes trabajos realizados en 1904-1905 con objeto de fomentar la agricultura, el comercio y las vías de comunicación.

La riqueza agrícola es, hoy por hoy, la principal, casi la única, de Costa Rica. A su desarrollo contribuyen la Sociedad Nacional de Agricultura y la titulada *United Fruit C.*, que se dedica especialmente á la exportación de plátanos.

Es asombroso el incremento que toma el cultivo del plátano. Ocho mil quinientos racimos fueron heraldos de la nueva industria en 1881; ahora, veintitrés años después, en 1904, pasaron de seis millones el número de los exportados, y aumentará año por año de millón en millón la cifra del preciado fruto, que piden y pagan á buenos precios los 82 millones de habitantes de los Estados Unidos, los 6 millones del Canadá y los 43 millones del Reino Unido. Toda la región apta de Costa Rica dedicada á ese cultivo, no alcanzaría á satisfacer la inmensa demanda que el plátano tiene hoy en el mundo comercial.

En general, los datos consignados en las Memorias á que nos referimos demuestran que el país reacciona contra la postración en que estaba; la mayor importación revela vida más activa en el comercio y un bienestar general que facilita el consumo de lo importado; la agricultura ensancha su esfera de acción, y ha aumentado así la riqueza pública; el constante reinado de la paz y las excelencias del suelo han atraído el capital extranjero, acreciendo de modo considerable la circulación monetaria, no con valores ficticios, sino con la presencia misma del oro norteamericano.

En resumen, hay más comercio, más agricultura y más dinero.

En los días 21 á 23 de agosto se hicieron las elecciones para constituir el Colegio que ha de nombrar nuevo presidente en marzo del año próximo. La campaña electoral parece muy empeñada; entran en juego cinco partidos políticos, el nacional, el republicano, el popular ó populista, el republicano independiente y el clerical, cada uno con su respectivo candidato (Cleto González Víquez, Bernardo Soto, Máximo Fernández, Tomás Zúñiga y Pánfilo Villaverde).

Se afianzan las buenas relaciones entre Colombia y Venezuela. En junio último hubo en las márgenes

del Táchira fiestas y regocijos públicos en que tomaron parte venezolanos y colombianos. Sobre puente de tablas que une las dos orillas ondearon, enlazadas, las banderas de ambas Repúblicas; oyéronse á la vez los himnos nacionales respectivos, y se unieron en fraternal abrazo los jefes de los batallones que de una y otra parte habían acudido á la frontera para dar mayor brillantez al acto.

El 20 de junio se celebró en Colombia la Fiesta Nacional. Antes eran indispensable adorno de ellas discursos y más discursos con las correspondientes frases de estilo: «el león ibero,» «el yugo español,» «las cadenas rotas,» etc., etc. El actual presidente, general Reyes, ha roto con la enojosa y ridícula tradición de las alocuciones, y siguiendo su ejemplo, todos los altos funcionarios de la capital rindieron homenaje á los libertadores en silencioso recuerdo.

A mediados de septiembre se dijo, con referencia á telegramas particulares, que Reyes se había proclamado dictador y que con este motivo hubo sangrientos choques entre las tropas y el pueblo. La noticia ha sido desmentida oficialmente; tal vez se tratase de alguno de los actos de energía que necesariamente tiene que realizar de vez en cuando el nuevo presidente para restablecer el principio de autoridad, tan quebrantado después del largo período de guerra civil y desórdenes continuos que han afligido á la República.

Tema de actualidad es en la prensa de América el movimiento favorable á la unión latino-americana.

En las Repúblicas más meridionales se aprovecha toda coyuntura para fortalecer los mutuos lazos de amistad, y con frecuencia se lee en los más importantes periódicos la noticia, y consiguientes comentarios, de proyectos de alianza y confederación atribuidos á personalidades ilustres en la política ó en las letras. Ahora se anuncia la reunión en Buenos Aires de representantes de la Argentina, del Uruguay y del Brasil para llegar á una común inteligencia en los asuntos de carácter social. El acuerdo en esta materia podrá ser, acaso, la base ó el punto de partida de más íntimas relaciones, que abarquen otros aspectos de la vida nacional.

En el Norte de la América del Sur proclama resueltamente la necesidad de esa unión el general Castro, quien, como ya se ha indicado en *Revistas* anteriores, aspira á formar una liga, alianza ó coalición que, en caso preciso, pueda imponer respeto á los yanquis.

Según *El Constitucional*, diario de Caracas, Castro dice que Venezuela se halla predestinada á servir de pedestal al monumento de la grandeza y libertad del continente americano del Sur; es la República que dió el primer impulso á la obra de independencia, y ahora procura realizar la confederación de pueblos suramericanos para constituir con ellos el Estado más fuerte y poderoso del globo. Será la obra más grandiosa del siglo xx. Bien unidas y fuertes las Repúblicas americanas del Sur, del Centro y del Norte (México), no habrá que temer á los norteamericanos ingleses.

A la vez que se realicen las gestiones encaminadas á conseguir alianzas ofensivas y defensivas, primer paso para la confederación, debe hacer cada República cuantos esfuerzos pueda para robustecer su ejército y su marina militar. Por esto, Venezuela ha resuelto invertir algunos millones de pesos en torpederos, cañones y fusiles; los astilleros de Génova y los talleres de la Compañía Schneider trabajan ya para servir los encargos del gobierno venezolano.

La Prensa Libre, de Costa Rica, aplaude los propósitos de Castro; hay que dar principio á una enérgica campaña de panamericanismo, que logre levantar las fuerzas morales de resistencia activa y pasiva de todos los pueblos latinos del Continente, contando, desde luego, con el apoyo decidido de los gobiernos. En el estado actual de la política en América, añade, y «ante los evidentes peligros que entraña para la independencia de nuestras Repúblicas la actitud casi agresiva del Gabinete de Washington, que se ha erigido en un tutor de fuerza en los asuntos internos y externos de nuestros países, nos parece conveniente todo lo que se haga para poner un dique á las corrientes que impulsa la desmedida ambición de algunos.»

Sur-América quiere más aún; que los pueblos hispano-americanos no sólo vivan siempre concertadamente entre sí, sino también con la madre patria: pide que se estrechen las relaciones de comercio y de ideas entre España y Colombia.

La obra de unión latino-americana debe completarse procurando el mayor desarrollo de relaciones mercantiles entre las Repúblicas latinas de América,

y entre éstas y Europa. Por lo que se refiere á Colombia, el comercio que tiene con los yanquis, de quienes acaba de recibir el mayor de los ultrajes que la historia cuenta, puede poco á poco irse estableciendo ventajosamente con España. «La harina, los paños y muchos otros artículos que de los Estados Unidos nos vienen, podrían venirnos unos de la Argentina, otros de Francia, otros de la madre patria, etc. Muchas mercancías que importamos de Europa podrían traerse fácilmente de los países limítrofes: por ejemplo, de Inglaterra se trae aquí el cacao de Venezuela, que muy bien pudiera venir de este país sin dar tamaña vuelta.»

Jorge Holguín, el ilustre hacendista y político colombiano, declara en *La Revue Diplomatique*, de París, que las Repúblicas hispanas de América han olvidado los días de lucha en el período de la emancipación, y ya sólo se acuerdan de que España les ha inculcado las altas cualidades morales que hacen la grandeza de los pueblos. Ochenta y cinco millones de latinos pueblan el continente americano, que puede contener y alimentar ochocientos millones y que, seguramente, dentro del siglo que corre llegará á tener doscientos. Las riquezas de esas inmensas regiones son incalculables. En un porvenir no remoto su desarrollo excederá á las previsiones más optimistas.

Y á España corresponde el honor de haber formado ese haz de pueblos jóvenes, inteligentes y ricos, llamados á dar impulsión poderosa á las viejas razas latinas de Europa. «Día vendrá—exclama Holguín—en que será un hecho la gran unión latina para eterna gloria de España, que bien podrá estar orgullosa de esos hijos que ha creado y que sienten hacia ella verdadero amor y veneración.»

Los pueblos hispano-americanos motivo tienen también, ciertamente, de sentir orgullo por ser hijos de la gran nación que superó á todas las demás en la obra civilizadora realizada en el Nuevo Mundo. La verdad histórica se va abriendo paso, y la proclaman ahora, entre otros ilustres escritores, Chailley Bert, en Europa; el profesor de la Universidad de Yale, Gaylord Bourne (1), en América del Norte.

Según Gaylord, los españoles han dejado en toda América pruebas de perseverancia, de acierto y de buena política. No sólo fueron menos duros, menos altaneros con los indios que los ingleses y franceses contemporáneos, sino también más humanos que los europeos todos que procuran actualmente la civilización africana. El proceder de España en América ofrece uno de los más señalados ejemplos de transmisión de la cultura por el dominio soberano, preferible al ejercido en particular por grupos de emigrantes atendidos al impulso propio, como ocurrió á los ingleses que arribaron á los Estados Unidos. La causa principal del erróneo concepto que llegó á formarse de la colonización española estriba en las apasionadas relaciones del P. Las Casas, quien en su afecto paternal hacia los indios exageró desmesuradamente los sufrimientos de éstos. Con respecto á los esclavos negros, entiende el Sr. Gaylord que el estudio comparativo del trato que se les daba en las colonias españolas y del que recibían en las francesas é inglesas, atestiguan que el régimen español de la esclavitud era mucho más suave. Superior también considera la recopilación de las leyes de Indias á cuanto se estatuyó en otras partes de América. «España—escribe—procuraba, por todos medios, adaptar á las colonias su propio régimen administrativo..., y acaso parezca sorprendente saber que la causa fundamental de la revolución en los Estados Unidos fué la pretensión de éstos de tener con la Metrópoli las mismas relaciones legales de que gozaban México y el Perú con España.»

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en sesión celebrada el 24 de agosto próximo pasado, acordó celebrar, en el día 20 de mayo de 1906, el cuarto centenario de la muerte de Cristóbal Colón, acaecida en Valladolid en igual día del año 1506. Dicha corporación ha invitado además á todas las sociedades científicas del mundo, y especialmente á las de Historia y Geografía, á que celebren ese centenario de la manera que cada una acuerde.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

(1) *Spain in America*; New York, 1904. — Informe de la Real Academia de la Historia, suscrito por D. Cesáreo Fernández Duro.



CUENTO PARA LOS NIÑOS
Y PARA LAS PERSONAS MAYORES

—¡Que cuente un cuento, que cuente un cuento!

Y los alegres chicos palmoteando y gritando, sin orden ni concierto, sitiaron, por decirlo así, al tío Frasquito, que en balde pugnaba por romper el simpático círculo que le impedía escaparse.

—Pero, ¿serán diablillos?, decía el hombre en el tono más jovial del mundo. ¡Dejadme en paz! Ya se me han agotado los cuentos, y ya no sé qué decir. Mañana será otro día.

—No, no, hoy, ahora, ahora, repitieron los muchachos á coro.

—Vaya, vaya, habrá que daros gusto. Estaos quietos, sed juiciosos y os contaré otro cuento. Pero con una condición: me habéis de dejar tranquilo luego.

* * *

A estas palabras siguieron murmullos de toses y siseos, y después todos prestaron atención, quedando como pendientes de los labios del tío Frasquito, que dió principio en la siguiente forma:

«Félix era un niño bueno, muy bueno, tanto que nadie se acordaba de que hubiese habido en la aldea otro mejor desde que el mundo era mundo.

En la escuela distinguíase por su aplicación; en casa de sus padres por la cariñosa obediencia; en la de los demás por su solícita cortesía, y en todas partes por la bondad de sus sentimientos.

Iba siempre tan limpio y tan bien vestido y era tan guapo, tan guapo que, como decían las comadres de la aldea al verle pasar: ¡Jesús, daba gozo mirarle!

Como es natural, el niño, querido y adorado de todos, vivía feliz. Las viejas le bendecían; las jóvenes le besaban con religioso arrobamiento, y los niños de su edad le amaban y hacían esfuerzos por imitarle.

En el día de su santo y en las festividades solemnes, familia y amigos, colmaban á Félix de regalos y de caricias, llegando á ser su suerte la más envidiable de las suertes.

Por supuesto, que el muchacho merecía aquello y mucho más, y os aseguro que, de tan bueno que era, los mejores regalos no bastaban á premiar su bondad sin límites.

* * *

Entre los muchos obsequios que había recibido nuestro joven figuraba uno, verdadero don del cielo. Consistía en un corderito blanco como la nieve de las montañas, y limpio como el cielo en los más hermosos días de primavera.

Félix amaba con toda la fuerza de su alma virgen á su blanco cordero y no lo hubiera cambiado por la mejor cosa del mundo.

El corderito, que no sé por qué causa le llamaban Casto, seguía siempre á Félix, sin que para nada hiciese falta el cordón de seda con que le llevaba sujeto por la aldea y por el campo, sin separarse de

él siquiera dos pasos. Como perro cariñoso, caminara ó corriese Félix, Casto siempre iba á la par de él, de tal manera que niño y animal parecían constituir un todo armónico.

El venturoso amo pagaba aquel cariño, á su lado compañero, lavándole cuidadosamente de modo que su lana estuviera siempre blanquísima, hasta el punto de que daban ganas de acariciar á Casto y de hundir las manos en sus niveos vellones.

Todos los niños de la aldea, cada cual con su corderito, asistían á la procesión de San Juan; pero entre todos destacábase Casto, engalanado con cintas granate, caminando junto á su venturoso dueño, que era mirado con envidia por todo el mundo. Verdad es que la pureza debe ser una cosa muy parecida al cordero de Félix.

* * *

El niño tuvo una noche un ensueño que tal vez fué inspirado por su ángel protector. Porque os ad-

el corderito iba con él, y para evitar cualquier lamentable descuido, liábase bien el fuerte cordón de seda á la mano, temiendo siempre que pudiera escapársele.

Pero, así como pasa todo en el mundo, los temores de Félix se fueron desvaneciendo poco á poco, hasta que acabó por no sentir ninguna inquietud.

* * *

Y ocurrió un día que, estando en el campo, Félix vió un manzano hermosísimo, cargado de exuberantes frutas, como no las había visto iguales en su vida.

El niño quedóse extático, contemplando aquella maravilla de la naturaleza. El, en las fincas de sus padres, tenía también manzanos, pero ninguno tan frondoso como aquél, ni con tan magníficos frutos. ¡Y qué buenos y qué sabrosos parecían!

El diablo, que nunca está quieto, hizo que á Félix le asaltase un pensamiento: el de coger algunas manzanas y comérselas.

Por más que quiso apartar tal idea de su imaginación no pudo, y ya extendía la mano hacia la codiciada fruta, cuando el cordero, que llevaba sujeto á la otra, dió un gran tirón de Félix. Este miró á Casto mientras temblor convulsivo se apoderaba de él, y avergonzado volvió á la aldea acariciando maquinalmente al pobre animal, que marchaba á su lado tranquilo y satisfecho como si tuviera conciencia de haber librado á Félix de un grave peligro.

Al acostarse el joven aquella noche pensó en las hermosas manzanas, y cuando se hubo dormido, su ángel malo, porque también tenemos todos un ángel malo que nos tienta, le infundió un sueño delicioso: aquellas manzanas eran jugosísimas y daban un bienestar supremo al que las comía. Y Félix se pasó la noche comiendo en sueños de aquel fruto exquisito de refrescante jugo.

* * *

Sin embargo, aquel día dirigió su paseo por otro lado, no queriendo ver las apetecibles manzanas; pero no sé cómo, dando vueltas y revueltas llegó al sitio donde el frondoso árbol crecía. Volvieron á asaltarle los mismos pecaminosos deseos de la vis-



Todos los niños de la aldea, cada cual con su corderito, asistían á la procesión de San Juan

vierto, agregó el tío Frasquito á modo de paréntesis, que cada niño tiene un ángel que le protege contra todos los peligros, mientras no deja de ser bueno. Pues, como decía, Félix soñó que cometía un pecado muy feo y muy grande, y que Casto, aquel amiguito dócil, huía de él, sin hacer caso de sus voces.

El pobre niño sintió al despertarse dolorosa angustia, y desde aquel día procuró tratar á Casto con más mimo que nunca, como si quisiera evitar de aquella manera que el sueño se convirtiese en realidad y que se le escapase el cordero. Durante gran número de días no dió paso sin asegurarse de que

perera, y el cordero, tirando de su amo desesperadamente, logró salir vencedor una vez más.

La idea de saborear aquellas manzanas vino á constituir en Félix verdadera obsesión. Por la mañana, por la tarde y por la noche pensaba en ellas y hacíasele la boca agua. Y de tal manera le acosó la idea maldita, que los vecinos le vieron pasar por la calle, cabizbajo y pensativo, como el que medita en el crimen.

Félix, resistiéndose á caer en la maldita trampa que le preparaba el demonio, hasta hizo propósito de no salir al campo. Pero fué debil, y así como el

hombre no puede evitar la lluvia, el joven no pudo vencer su inclinación, y otra vez salió a dar un paseo, aunque haciendo propósito de no ver el manzano, y de sí pasaba por allí cerrar los ojos.

Propósitos vanos. Llegado al lugar miró la sabrosa fruta con los ojos más abiertos que nunca, y... ¿quién vence tres veces la tentación?

Félix se fué acercando poco á poco, sin cuidarse de los fuertes tirones que daba Casto de la cuerda. Se acercó más, y por fin cogió una de las manzanas mientras le palpataba violentamente el corazón. Con ansia infinita se llevó el fruto á la boca y le encontró tan amargo, tan amargo, que acabó por tirarlo vivamente al suelo.

Volvió la cabeza para ver á Casto, y su sorpresa no tuvo límites al observar que había desaparecido. En su azoramiento no había notado que, al coger la manzana, Casto había roto el cordón de seda y echado á correr vertiginosamente.

Corrió Félix con cuanta rapidez pudo, llamó al blanco cordero; pero ni el cordero venía, ni consiguió verle por ningún lado. Para explorar mejor el terreno subióse á un árbol, por si de aquella manera distinguía al animal.

La tarde tocaba á su fin; los últimos rayos del sol doraban las copas de los árboles y las crestas de las montañas, cuando Félix pudo ver á su corderito perderse allá á lo lejos llevando colgante la mitad del cordón de seda.

Entonces se acordó de su primer sueño y lloró desconsoladamente, como si aquellas lágrimas hubieran podido devolverle el cordero que huía.

* *

Al amanecer, unos caballeros que pasaron por el bosque vieron á Félix subido en aquel árbol, llorando todavía, y compadecidos de él le llevaron desfallecido á su casa.

Y desde aquel día, en que se escapó Casto, el joven no ha vuelto á ser mirado con envidia por nadie, ni ha recibido bendiciones de los viejos, besos de las jóvenes ni pruebas de amor de los niños.»

—¿Y por qué?, preguntó uno de los rapazuelos que rodeaban al tío Frasquito.

—Porque el cordero de Félix era el símbolo de la pureza, que una vez perdida no vuelve.

—¿Y los caballeros?

—Los caballeros significan en este cuento la compasión que debemos sentir todos por los que han caído en el mal, á los cuales ya no se les quiere, sino que se les compadece.

—Y ahora, terminó diciendo, mucho cuidado con que se os escape el cordero blanco.

El tío Frasquito pudo dejar entonces sin dificultad á su auditorio, que quedó sumido en serias reflexiones.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

(Ilustraciones de Rosenmayer.)

AIRES NACIONALES

LAS SEGUIDILLAS MANCHEGAS

Recuerdan á Cervantes ó á Hurtado de Mendoza. Aquella nuestra gran literatura de costumbres, regocijada y alegre, sin neurosismos ni tesis, bañada de sol, pintura real del hampa española, desde el hidalgui-

llo de gotera con más humos que blanca, al granuja ayuno de zapatos, pero repleto de ingenio, tiene en las castañuelas manchegas su instrumento propio. La musa de la novela truhanesca, moza de partido, guapota y procaz, ha bailado siempre seguidillas, jaleada por Lázaro de Tormes, Guzmán de Alfarache, Estebanillo González y demás tunantes que andaban por esos mundos de Dios á caza de gangas cuando

sainete, y la seguidilla manchega salta también de una á otra con sus alas de gorrión. Hasta concluye por ser un símbolo. Nuestros vecinos tienen una frase heroica en su historia contemporánea, la pronunciada por Cambronne cuando los enemigos intiman la rendición en el lúgubre crepúsculo de Waterloo al último cuadro de la vieja guardia que se defendía. Nosotros contamos también con la nuestra, frase llena

de burla, que retrata el carácter español, despreciativo é influido siempre por la sal del ingenio. Era en los días de la retirada napoleónica, en la época en que, eclipsada la estrella de Bonaparte, sus ejércitos repasaban la frontera hostigados por nuestros guerrilleros. Y para pintar su prisa, decían sus perseguidores que se iban los franchutes á su país bailando seguidillas manchegas.

¿Por qué escogieron ese baile típico de la meseta central, la danza de la llanura seca y desabrida? Nacional es la gallegada, nacional la sardana, nacional el vito. Cualquiera de ellas, dentro de su carácter regional, simboliza la patria con las variantes aportadas por las costumbres locales bajo la influencia de la costa próxima, del mar cercano, de la montaña abrupta ó de los castañares espesos. Pero no, el pueblo que inventó la frase, que la lanzó como un latigazo ó como una saliva, no buscaba sólo la personificación de algo grande, de la madre común amenazada en su integridad y en su independencia por largos siglos sostenida; buscaba la protesta enérgica y contundente en una frase que pintara la derrota napoleónica, el sálvese el que pueda de los ejércitos en dispersión.

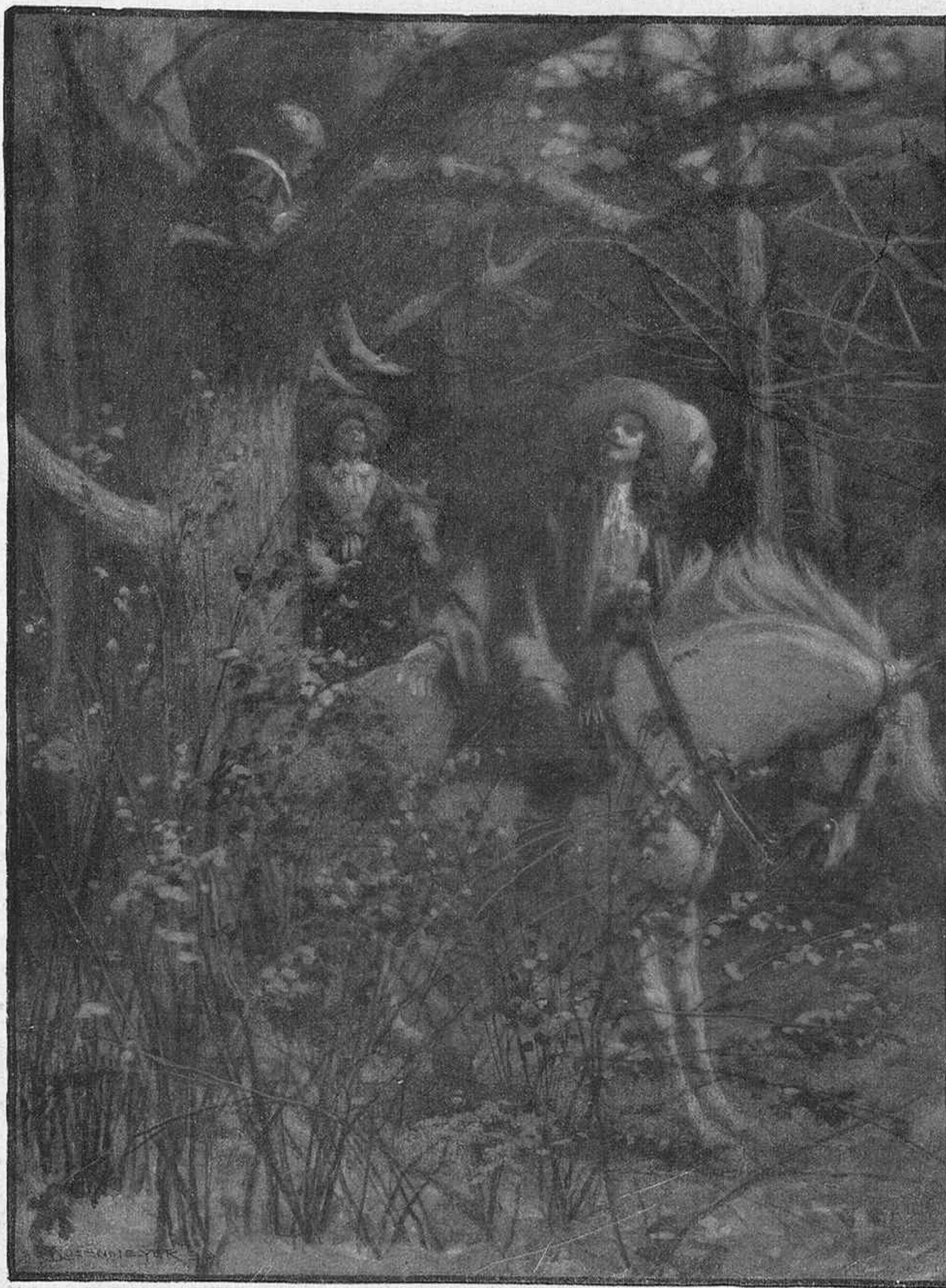
La seguidilla manchega es rápida, agitada, viva; el cuerpo se mueve con saltos de temblor, las piernas no cesan en sus molinetes. Diríase un organismo que se estremece, al que impulsa el deseo irresistible de escapar. Hasta el nombre del baile es expresivo, resumen de algo ligero y que se desliza, que se escapa como el mercurio fragmentado. El pueblo necesitaba la frase sarcástica que cubriera de

oprobio y de risa al enemigo en fuga, y la encontró. Los franceses, dispersos y abatidos en su soberbia de triunfadores, no podían largarse á su tierra con sus águilas, bajas las alas, más que bailando las manchegas seguidillas.

* *

La viña se dió bien; por esas carreteras andan que se andan los enormes carros cargados de pellejos de tinto, al paso lento, pero incansable, de las reatas de gigantescas mulas, y los conductores, afeitados, con las pantaloneras de piel de cabra y los pantalones atados con una cinta por bajo de la rodilla para que no arrastren, amenizan las horas eternas de la marcha soltando seguidilla tras seguidilla con ese dejo melancólico que tienen todas las canciones sin público, que uno se canta á sí mismo. El estribillo que les es familiar parece que anima hasta al ganado, que levanta la cabezota y enarca las orejas.

Mientras, en el pueblo, delante de la casa, en el llano empedrado, al son de la guitarra y repiqueteando las castañuelas, bailan que te bailan las seguidillas mozas y mozos con un movere vertiginoso, interrumpido de cuando en cuando para acometer al sabroso zurracapote, que sobre la tosca mesita de fregoteado pino convida con su limonada atemperante que ensancha los pulmones, refresca la sangre y alegra el corazón. El jarro y el yaso no cesan uno de



Unos caballeros que pasaron por el bosque vieron á Félix subido en aquel árbol..

el astro soberano del firmamento no se ponía en los hispanos dominios, por lo extensos. La seguidilla manchega es una escena de *Rinconete y Cortadillo* ó de *La pícara Justina*. El aire de la danza, malicioso, ladino, de picante gracia; la copla socarrona, reticente, llena de intención; las castañuelas llevando el compás sin dejarlo, como incansables lenguas de comadre; la guitarra jactanciosa y traviesa. Es la novela picaresca que vive á través de los siglos.

Que la seguidilla manchega es el más castizo de nuestros bailes pruébalo su resurrección en los sainetes de D. Ramón de la Cruz. Cuando las letras patrias vuelven á ser españolas viejas, castellanas rancias tornan á repiquetear entre sus romances jocosos las castañuelas. El pueblo recobra su puesto en la literatura imponiendo su donaire natural, surge en la escena el animado desfile de majas y manolas, ya dejándose cortejar por los petimetres y aceptando sus caracoladas en la ribera del Manzanares, ya espantándose á los lechuguinos á bofetada limpia y acudiendo á los ventorros con sus toreros, y la salsa de todas estas fiestas madrileñas de la gente de rompe y raja son las manchegas seguidillas, guindillas de la danza que excitan el paladar con la copla picante y las galgas ceñidas á la media calada que enseñan los revuelos de la falda de medio paso.

Nótese el hecho. Salvando el abismo del mal gusto, de la decadencia, de la influencia extranjera, júntanse desde las dos orillas la novela picaresca y el

llenar el barreño, otro de vaciarlo, y el lago de vino consérvase incólume con su plano de líquida púrpura.

La Mancha celebra también su bacanalía, y en la época en que se da salida al licor que alegra la vida, en que parece oírse por la desierta llanura en cientos de leguas á la redonda el glu glu del líquido cayendo de las abiertas espigas, una inmensa seguidilla, himno á la cosecha abundante, al vino viejo y al mosto nuevo, flota en el aire, balando por todos los caminos al son de las colleras del ganado y repercutiendo en todos los pueblos al compás de las castañuelas.



Antes de que se inventara el piano de manubrio y se generalizase el «agarrao,» el pueblo madrileño no bailaba otra cosa que seguidillas, acentuando la copla y acentuando la danza con su gracia

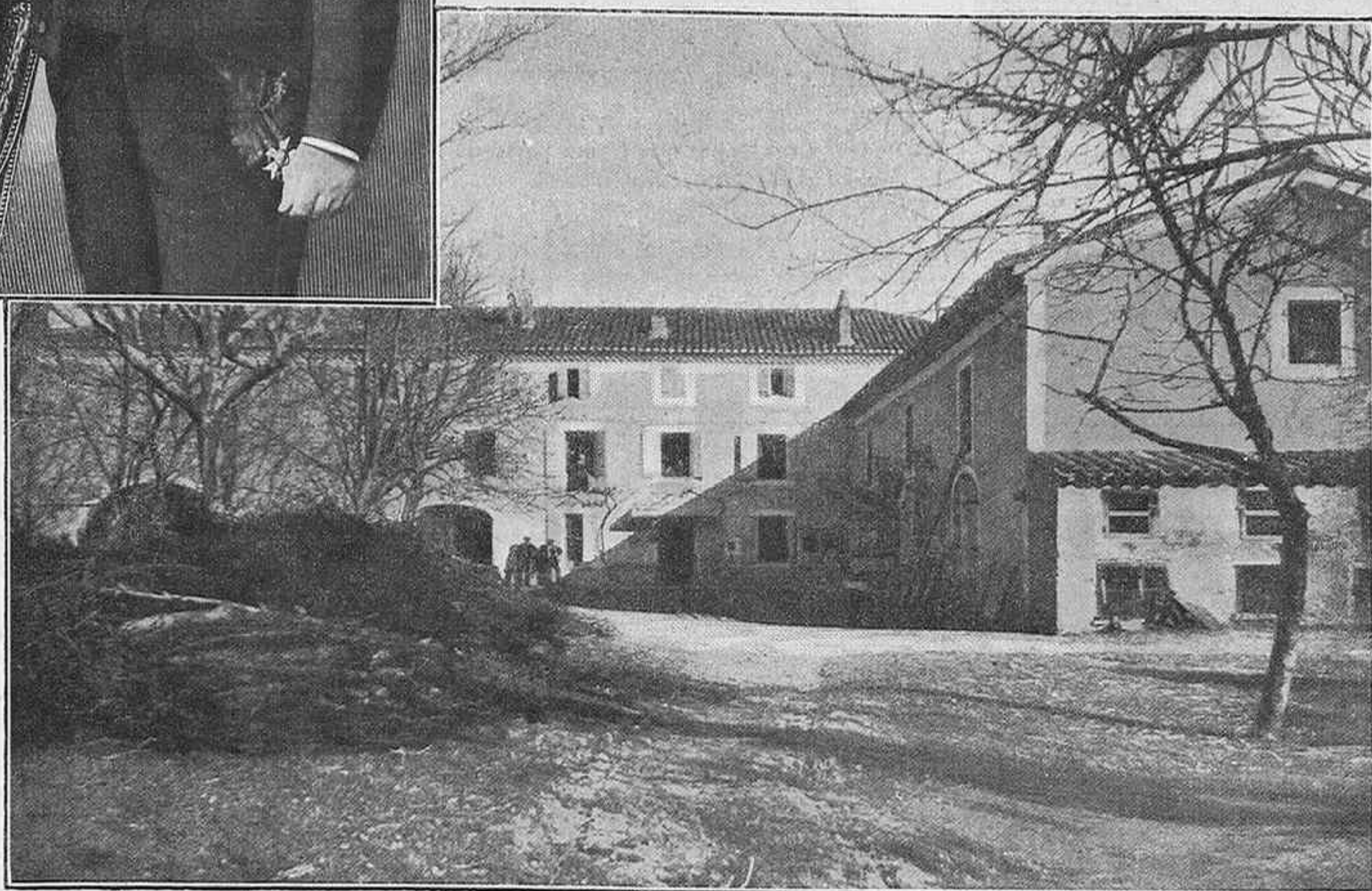
M. Loubet nació en 1838, y terminada su carrera de Derecho, abrió bufete de abogado en Montelimar, y su carrera política, antes de ser elevado á la presidencia de la República, puede resumirse diciendo que por espacio de veintitrés años fué diputado ó senador, ministro de Obras Públicas en 1887, presidente del Consejo de Ministros y ministro del Interior en 1892 y presidente del Senado en 1896. Ocupaba este puesto cuando en febrero de 1899, á la muerte de Félix Faure, la Asamblea reunida en Versalles le eligió por 483 votos, contra 270 que obtuvo M. Meline, para la más alta magistratura de Francia. Uno de sus biógrafos decía en aquella ocasión: «El abogado provinciano ha salvado por un camino recto, pero siempre ascendente, la distancia que separaba la humilde cuna en que nació del palacio del Elíseo en que hoy reside. Ha pasado por la hilera, por decirlo así, de todos los cargos electivos, habiendo sido consejero municipal, alcalde, consejero general, diputado y senador. Y dentro del Parlamento ha llegado á ser ministro, presidente del Consejo y presidente del Senado. Ayer era la segunda personalidad del Estado; hoy es la primera después de haber subido uno por uno todos los peldaños de la jerarquía política. Su carrera se compone de una serie de ascensos normales, graduales, mercedos, conforme á los principios estrictamente democráticos, á los que ha ajustado siempre su conducta y de los cuales es ahora el más alto representante.»

No es esta ocasión de emitir juicio sobre el modo como ha gobernado M. Loubet. Nuestro propósito al escribir las anteriores líneas ha sido simplemente dar en resumen la biografía del ilustre personaje que en breve visitará la corte.

He aquí ahora el programa oficial de las fiestas á que asistirá el presidente de la República francesa:

Día 23.—A las doce de la mañana llegará M. Loubet al Escorial, y desde la estación se dirigirá al Monasterio, donde depositará dos coronas, una en la tumba de D. Alfonso XII y otra en la de la princesa de Asturias. A la una y treinta saldrá del Escorial, llegando á Madrid á las tres de la tarde y haciendo su entrada por la estación del Mediodía, desde donde se dirigirá al palacio real. A las cuatro visitará á los reyes y príncipes, á las cinco á S. A. la infanta Isabel; á las siete de la noche habrá recepción diplomática, á las ocho banquete y á las nueve y media recepción y gran retreta.

Día 24.—A las nueve y media saldrá M. Loubet de palacio, dirigiéndose al campamento de los Carabancheles, en donde presenciara la revista militar y las maniobras. A las doce y media asistirá al almuerzo en el Ayuntamiento; después irá á la plaza de toros y al teatro de Apolo. A las



LA GRANJA DE MARSANNE (DEPARTAMENTO DEL DROME), EN DONDE NACIÓ M. LOUBET. (De fotografía.)

nativa, pero dentro de un clasicismo instintivo de que quizás no se daba cuenta. El schottis ha heredado su nota picante, pero perdiendo el salero primitivo y quedándole sólo la insistencia deshonesta y grosera. Es un hijo bastardo.

¡Dios salve á los golfos! Gracias á ellos, que con su instinto de cuadrumano, idólatras de la imitación, se improvisan unas castañuelas con dos pedazos de teja rota cogidos en los tejares de las afueras, no se extinguirán en nuestras grandes poblaciones las seguidillas.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

EL VIAJE DE M. LOUBET Á MADRID

Madrid se dispone á recibir dignamente al presidente de la República francesa, que dentro de pocos días devolverá á S. M. el rey D. Alfonso XIII la visita que éste le hizo durante la primavera última. Los elementos oficiales, las corporaciones y sociedades y los particulares rivalizan en sus preparativos para agasajar al jefe de una nación amiga en justa correspondencia á los agasajos de que los parisienses hicieron objeto á nuestro soberano, y no es aventurado afirmar que M. Loubet quedará satisfecho del entusiasmo recibimiento que tendrá en la capital de España.

Porque es indudable que el presidente de la República francesa, aparte del respeto y consideración que impone por razón del alto puesto que ocupa, sabe conquistarse las simpatías de cuantos le tratan por su llaneza y su sencillez, que no excluyen en él, sin embargo, la majestuosidad, por decirlo así, que en su calidad de jefe de Estado tan poderoso como Francia ha de imprimir en sus actos de carácter oficial.

Su palacio del Elíseo no le ha hecho olvidar la granja de Marsanne, en donde nació; y bien puede asegurarse que á todas las galas de su morada suntuosa, á todas las magníficas fiestas que en ella se celebran, prefiere M. Loubet la modestia y apacibilidad de aquella vivienda campestre, á la que hasta hace poco hacía frecuentes visitas, cuando aún la habitaba su madre, fallecida no ha mucho, por quien sentía cariño y veneración sin límites.



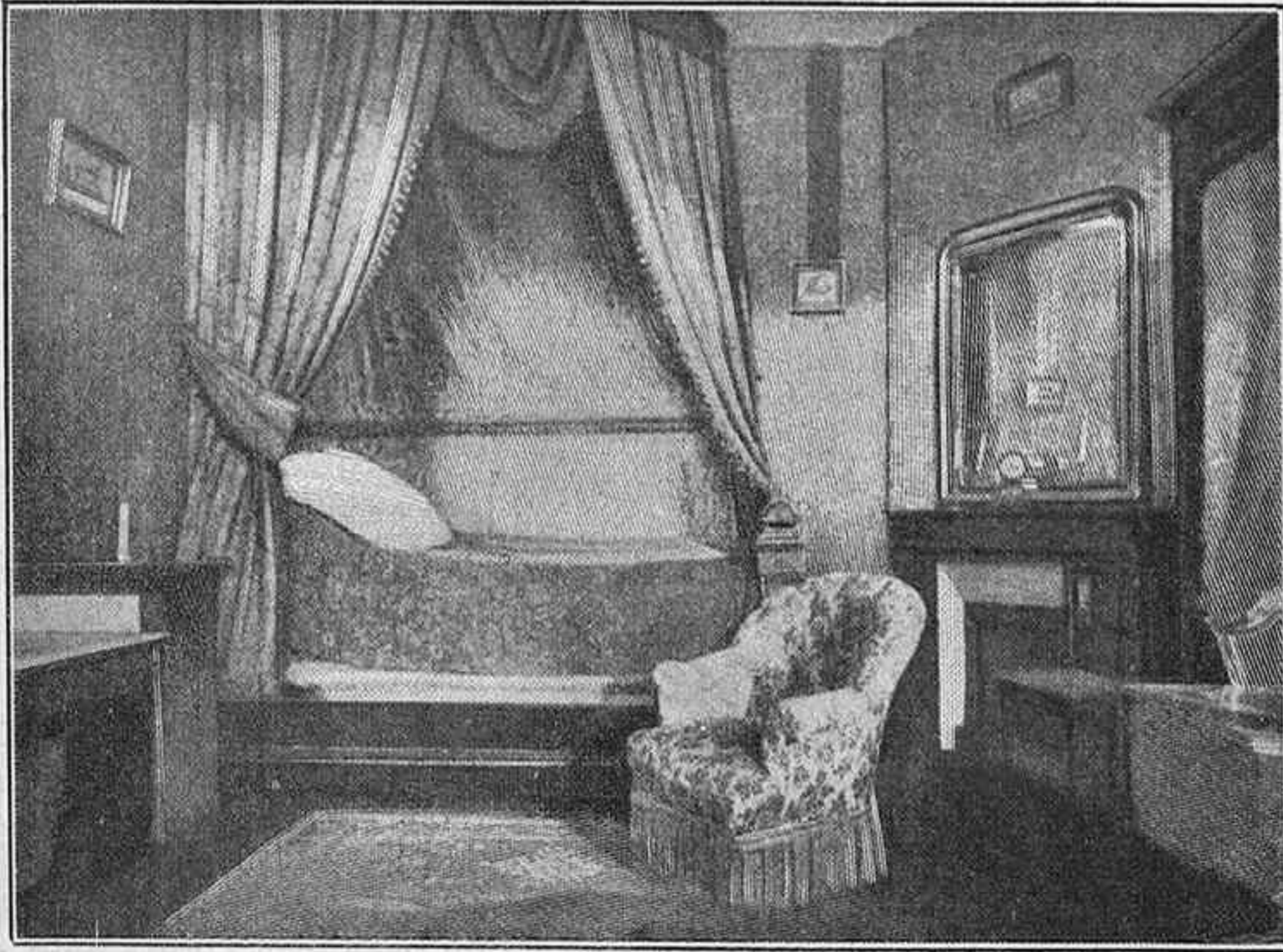
PARÍS.—EL PALACIO DEL ELÍSEO, RESIDENCIA OFICIAL DE M. LOUBET. (De fotografía.)

siete y media, banquete en la embajada francesa, y terminado éste, función de gala en el teatro Español.

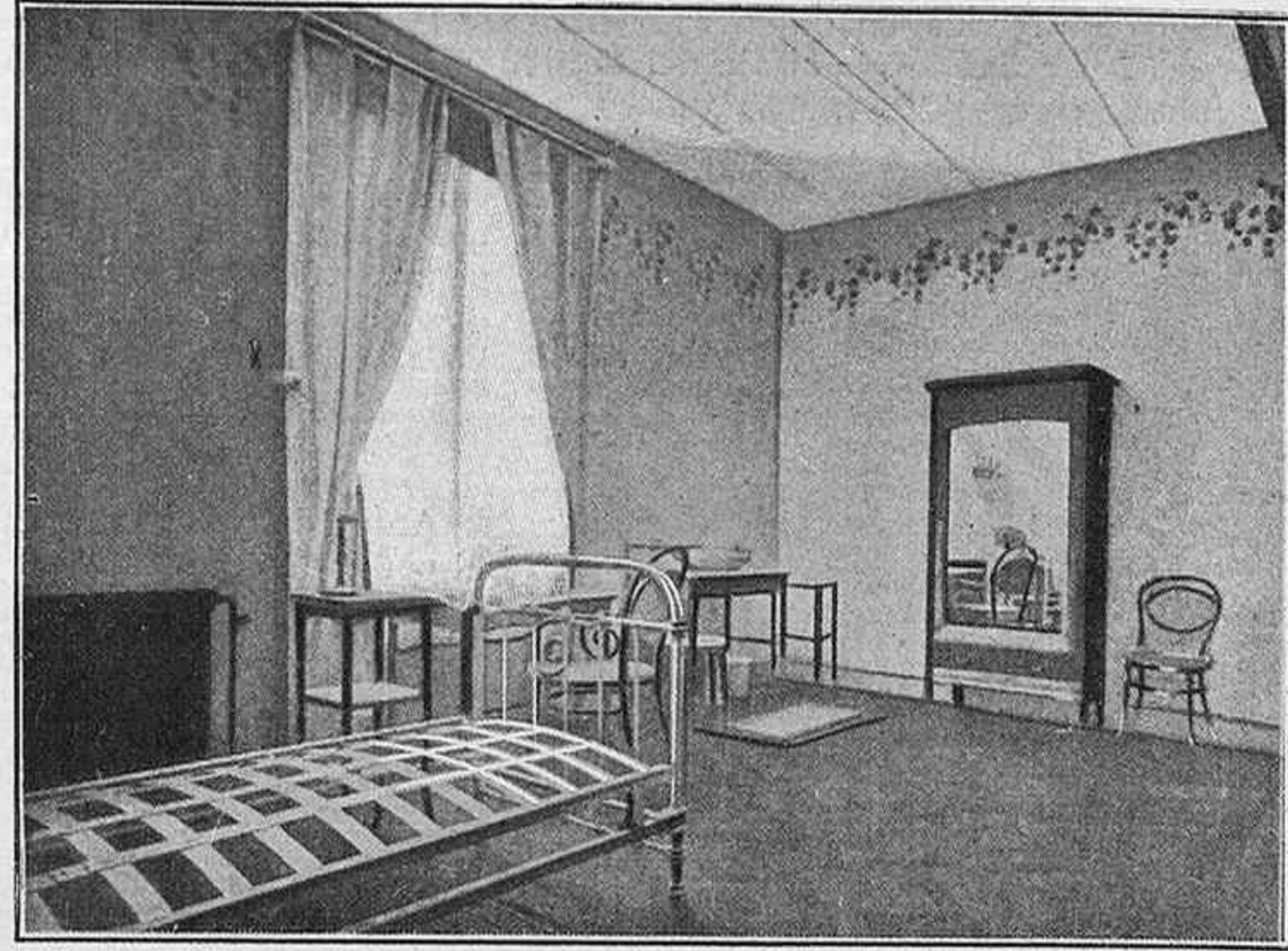
Día 25.—Cacería en Riofrío, para donde saldrán S. M. y M. Loubet á las nueve de la mañana. Por la noche, función de gala en el teatro Real.

Día 26.—A las ocho de la mañana, fiesta de los globos organizada por *La Correspondencia de España*. A las nueve, M. Loubet irá solo á visitar la institución francesa y luego colocará la primera piedra del Colegio Francés que se construirá junto al teatro Lúrico. Después visitará el Hospital Francés y el Palacio del Museo y Biblioteca, en donde le esperará S. M. D. Alfonso XIII, y desde allí se dirigirán ambos al Museo de Pinturas. A las doce y media, almuerzo en palacio, terminado el cual se efectuará una cacería en la Casa de Campo. A las cinco y media tendrá lugar la recepción de la colonia francesa en la embajada, y á las ocho y cuarto tomará M. Loubet el tren que le conducirá á Lisboa.—X.

CONGRESO INTERNACIONAL DE LA TUBERCULOSIS CELEBRADO RECIENTEMENTE EN PARÍS



Dormitorio antihigiénico, con sus cortinajes, alfombras y muebles que retienen el polvo y obstruyen el paso del aire y de la luz. Instalación que forma parte de la exposición anexa al Congreso Internacional de la tuberculosis.



Dormitorio higiénico, arreglado bajo la dirección del Touring Club de Francia. Instalación que forma parte de la exposición anexa al Congreso Internacional de la Tuberculosis.

El día 2 del corriente mes se inauguró en el Gran Palacio de los Campos Elíseos el Congreso Internacional de la Tuberculosis. La sesión fué verdaderamente brillante: más de 3.000 congresistas, de ellos 700 ú 800 damas, llenaban el gran salón de la rotonda, las tribunas laterales, las loggias de la planta baja y los amplios balcones del primer piso, ofreciendo el conjunto un aspecto maravilloso, realzado por la profusión de globos eléctricos que pendían del techo, por los tapices que cubrían las paredes, por las hermosas plantas que adornaban el salón, por el magnífico decorado del estrado, en donde estaban agrupados los elementos oficiales.

Ocupó la presidencia M. Loubet, quien tenía á sus lados al presidente del Consejo de Ministros; á los ministros del Interior y de la Guerra; al profesor Herard, decano de la Academia de Medicina y presidente del Congreso; al Dr. Letulle, secretario general del mismo; á los delegados oficiales de las naciones adheridas al Congreso; á los individuos del cuerpo diplomático, etc.

Después del discurso del profesor Herard, varios delegados extranjeros saludaron en nombre de sus respectivos gobiernos al presidente de la República y dieron las gracias á sus colegas franceses por la calurosa hospitalidad que desde su llegada á París les han dispensado. Luego, el Dr. Letulle expuso la organización y el orden de los trabajos del Congreso; y finalmente, M. Loubet pronunció algunas elocuentes frases dando la bienvenida á los sabios ex-

tranjeros y haciendo votos por el éxito de la obra acometida.

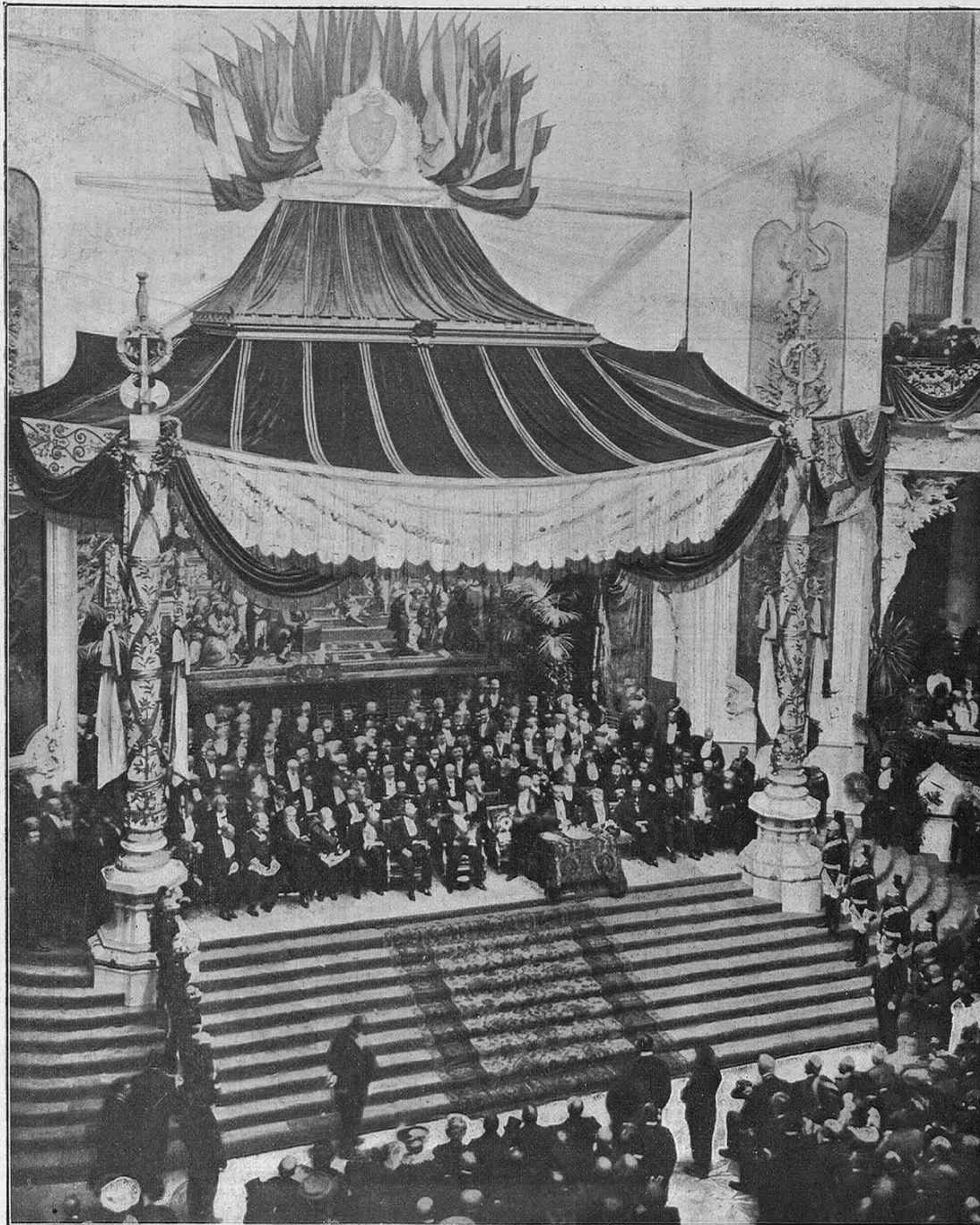
En seguida el presidente de la República visitó la interesante exposición científica, social, histórica é

industrial, anexa al Congreso, instalada en la planta baja del Gran Palacio.

En esta exposición llaman la atención principalmente, aparte de la sección patológica, en la que se

ven expuestas en vitrinas piezas anatómicas y preparaciones de gran interés científico, los cuadros estadísticos de los profesores Landouzy y Robin, los modelos en miniatura y las fotografías de sanatorios y obras anti-tuberculosas; la obra del profesor Grancher (preservación de la infancia), las del profesor Calmette (preventorio de Lille, sanatorio familiar de la Liga del Norte), los hospitales marinos, las colonias escolares de vacaciones, los dispensarios especiales, la exposición de la Sociedad de preservación por la educación popular, la exposición de la Sociedad de los arquitectos premiados, la reconstitución de una parte de sala del hospital Lariboisiere, varias habitaciones de sanatorio modelo, una celda de la cárcel de Fresnes, un cuarto para criados de una familia de la clase media, un dormitorio antihigiénico, con sus cortinajes, alfombras y muebles que retienen el polvo y obstruyen el paso del aire y de la luz, un dormitorio higiénico (que forma gran contraste con el anterior) instalado por el Touring Club de Francia, y las exposiciones de Suiza y de Alemania.

Los trabajos realizados por las diferentes secciones en que se dividió el Congreso, las comunicaciones presentadas por los hombres más eminentes y las conclusiones adoptadas son de mucha importancia.—S.



PARÍS. — CONGRESO INTERNACIONAL DE LA TUBERCULOSIS. — SESIÓN INAUGURAL CELEBRADA BAJO LA PRESIDENCIA DE M. LOUBET EL DÍA 2 DE LOS CORRIENTES EN EL GRAN PALACIO DE LOS CAMPOS ELÍSEOS. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



JOSÉ M.ª DE HEREDIA

Este ilustre poeta, que falleció hace pocos días en el castillo de Bourdonné, en donde veraneaba, había nacido en 22 de noviembre de 1842 en Fortuna, cerca de Santiago de Cuba, de padre español y de madre de origen francés. Cuando contaba ocho años, su familia se trasladó á Francia; hizo sus primeros estudios clásicos en el colegio de San Vicente, de Senlis, y en 1857, después de un viaje á Cuba, entró en la *Ecole des chartes* y obtuvo su naturalización en aquel país.

Desde la edad de veinte años comenzó á revelarse en él su vocación poética por un notable virtuosismo en un género en el cual había de llegar á ser maestro; pero llegado á la madurez de la edad y del talento, una de las originalidades de este poeta fué ser á la vez casi inédito y casi célebre. En efecto, durante mucho tiempo, el autor de esos sonetos cincelados con laboriosa lentitud y de sonoro ritmo se había limitado á declamarlos en la intimidad de los cenáculos literarios, á dejar que se repitieran de boca en boca y á publicar algunos de ellos, como *Los conquistadores*, *El Samurai*, *El arceife de coral* y *Viejo orfebre*, en algunos periódicos y revistas, hasta que en 1893 se decidió á reunirlos en un tomo titulado *Los Trofeos*. Al año siguiente entraba en la Academia Francesa.

A la aparición de este volumen, muchos jóvenes poetas saludaron á Heredia como un nuevo maestro, en lo cual no estaban quizás del todo en lo justo, porque Heredia fué un parnasiano, discípulo de Leconte de Lisle, cuya forma, ya que no su pensamiento, supo apropiarse por modo admirable.

Entre otros trabajos suyos merecen citarse la traducción de la *Historia de la conquista de Nueva España*, el *Saludo al Emperador*, *La monja alferez* y su discurso de ingreso en la Academia Francesa.

El juicio que la obra de Heredia ha merecido de la crítica es unánime y no puede ser más favorable.

«El sentimiento que con preferencia expresaba, ha escrito Julio Lemaitre, era no sé qué placer heroico de vivir por la imaginación al través de la naturaleza y de la historia magnificada y glorificada... Pero lo que acaso le distinguía entre todos los demás poetas era el esmero de la extrema precisión en el esplendor extremo. Unía á la embriaguez de los sonidos y de los colores el gusto de una forma cuyo laconismo, exactitud y plenitud recordaban en cierto modo á nuestros escritores clásicos.»

Otro crítico no menos eminente, Andrés Beaunier, ha publicado en uno de los más importantes

diarios franceses un hermoso estudio sobre Heredia del que copiamos los siguientes párrafos:

«Había realizado los más hermosos tipos de la fábula; su epopeya empieza en Hércules para acabar en el Cid y en los Conquistadores.

»Nuestra época, que se llama vulgar y en la que las individualidades se malgastan, no le inspiró; y si por acaso descubría en ella un Claudio Popelin, era para identificarlo con los orfebres de otro tiempo que imponían al metal su voluntad soberbia.



EL EMINENTE POETA FRANCÉS JOSÉ M.ª DE HEREDIA, fallecido en el castillo de Bourdonné (Sena y Oise) el día 3 de los corrientes.

»Su pensamiento vivió en las edades heroicas; por esto la Fábula no es en su obra el ornamento gracioso de las frases y la ingeniosa alegoría de la idea, sino que está viviente en ella. La mitología no solamente le suministró hermosos emblemas, sino que fué el mundo en donde su espíritu espontáneamente se encarnaba.»

Hablando luego de *Los Trofeos*, añade:

«La forma que adoptó fué el soneto. No hay otra seguramente más embarazosa por su laconismo y su

rigor; pero el esfuerzo difícil del arte que para unos es un obstáculo, á otros les sirve de estímulo, y este poeta supo encerrar en dos cuartetos y dos tercetos toda la substancia de un ensueño. Si, supo encerrarla entre límites estrictos, en líneas claras y fuertemente acentuadas, y sin embargo el ensueño se desborda fuera de este cuadro. A Heredia se le podría comparar con un esmaltador que coloca con habilidad la pasta líquida, muy pronto dura, sobre la plancha debidamente dividida en compartimientos; los diversos colores están repartidos de tal manera que no se mezclan, quedando cada uno de ellos aprisionado en su sitio.»

Beaunier termina su artículo con estas palabras:

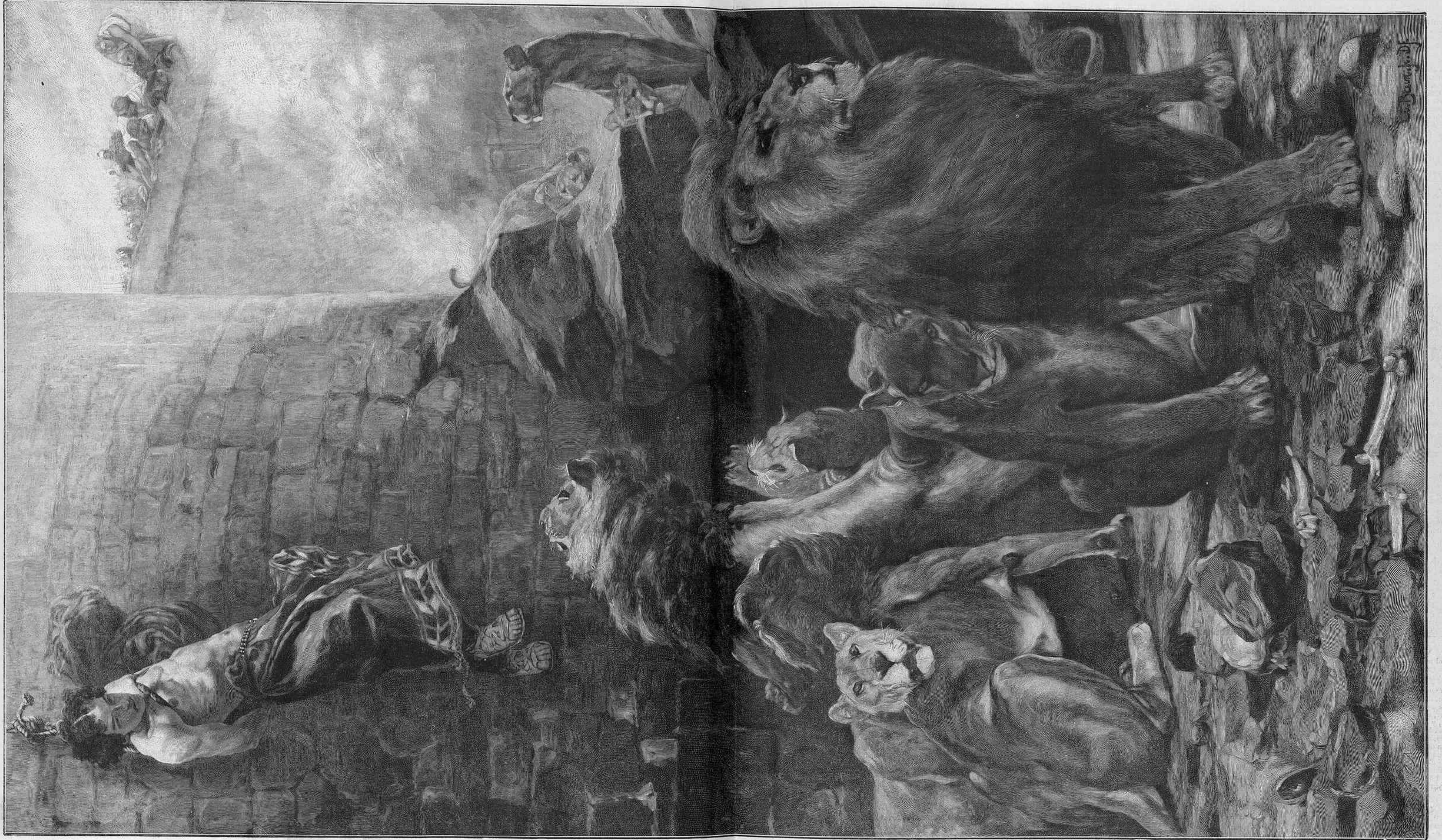
«José María de Heredia quedará entre los poetas de nuestro tiempo como uno de los más perfectos y uno de los más grandes, uno de los que más noblemente habrán adornado el mito perpetuo de la Muerte y de la Vida y el cambio de su beso fraternal.»

Y puesto que hemos copiado los anteriores juicios, completaremos este artículo necrológico del gran poeta copiando también lo que con ocasión de su muerte ha escrito el eminente literato, académico, historiador y ex ministro de Negocios Extranjeros M. Gabriel Hanotaux:

«La gloria de esta generación se deshoja poco á poco: hace unos días, Henner; ayer, Brazza; hoy, Heredia. ¿Quién reemplazará á los que se van?»

»Estoy tan apesadumbrado cuando escribo estas líneas, que no sé cómo expresar el dolor que me causa la repentina desaparición de este amigo. Era un corazón de oro, un alma exquisita, un verdadero temperamento de poeta, tal como nos lo imaginamos según la leyenda. Ese hijo de España y de Francia, ese heredero de las dos valientes hermanas latinas, era, aun en vida, legendario: bello, noble, caballeresco, de facciones delicadas, cabellera y barba castañas, cuerpo proporcionado y esbelto, con el nombre y el aire de un conquistador, que de entre sus antepasados ensalzaba al que había fundado en América la ciudad de Cartagena.»

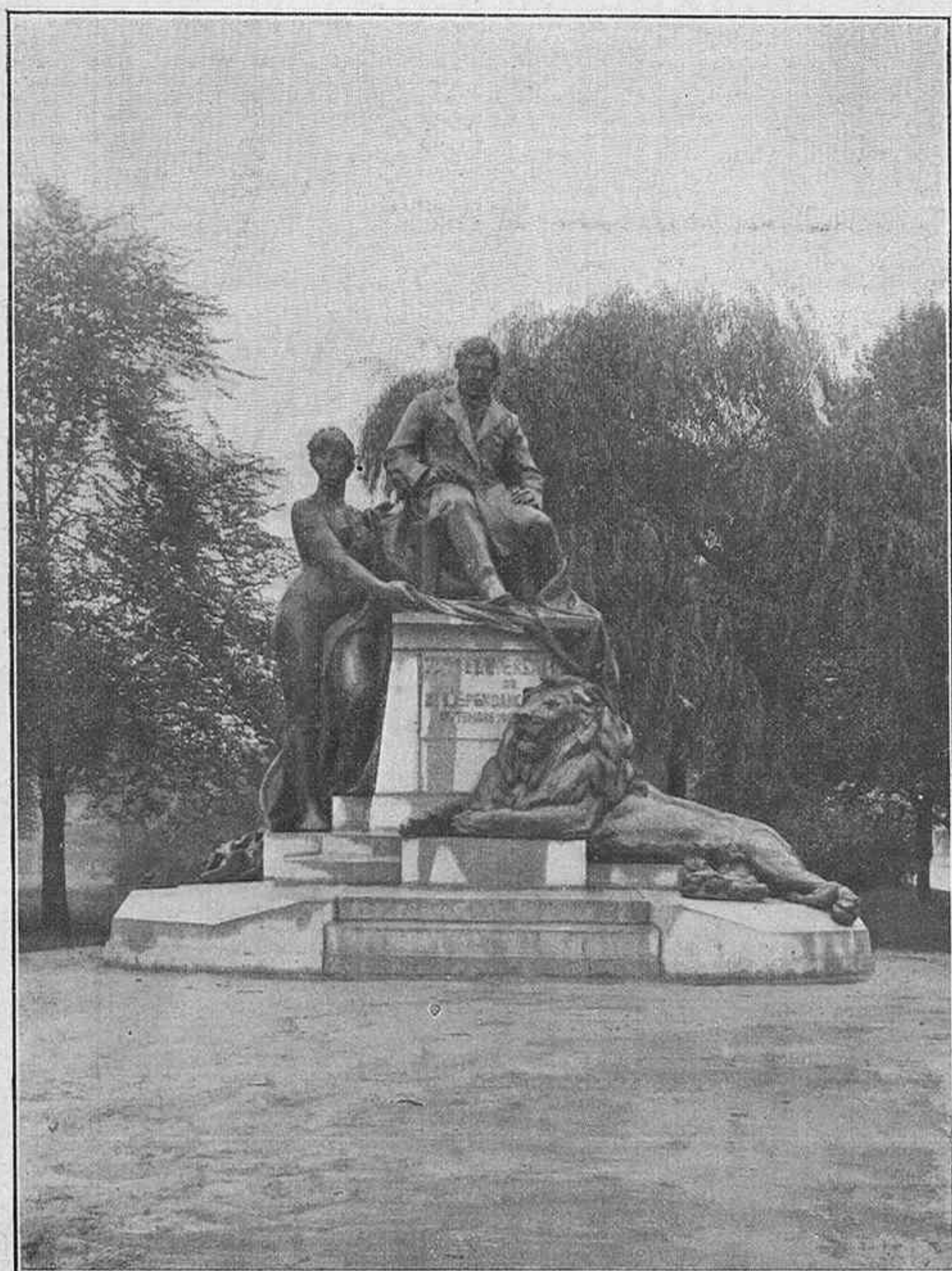
El entierro del ilustre poeta, efectuado en París, fué una grandiosa manifestación de duelo en la que figuraron el gobierno, el cuerpo diplomático, las academias y corporaciones literarias, los más eminentes literatos y artistas, representantes de la aristocracia y un público inmenso. Los señores Vogué, en nombre de la Academia; Prevost, en el de la Sociedad de Literatos; Blemont, en el de la Sociedad de los poetas, y Martin, en el de la Biblioteca del Arsenal, pronunciaron elocuentes discursos ensalzando la obra admirable de Heredia.—X.



DANIEL EN LA CUEVA DE LOS LEONES, CUADRO DE A. BAUR.

MONUMENTO Á CARLOS ROGIER

El eminente hombre de Estado á cuya memoria ha erigido la ciudad de Lieja el monumento que en esta página reproducimos y que ha sido recientemente inaugurado, nació en Saint-Quentin en 12 de junio de 1800, y después de haber cursado sus estudios en Lieja, graduóse de doctor en Derecho y se dedicó durante algún tiempo á la enseñanza. Con Devaux y Lebau fundó el periódico *Mathieu Laensberg*, en el que combatió implacablemente al gobierno holandés. Cuando los sucesos revolucionarios de 1830, presentóse en Bruselas al frente de 300 liejenses armados, tomó posesión de las Casas Consistoriales, salvándolas del saqueo, y estuvo en los sitios de mayor peligro. Con otros dos jefes de la insurrección constituyó el triunvirato llamado Comisión administrativa, formó parte del gobierno provisional y como diputado por Lieja figuró en el Congreso nacional, en donde votó por la monarquía constitucional hereditaria y luego por la candidatura del duque de Nemours para el trono de Bélgica, aceptando al fin la del príncipe Leopoldo á fin de no agravar la situación con nuevas complicaciones. Fué Administrador de la seguridad, gobernador de Amberes y en 1832 ministro del Interior, consiguiendo durante su ministerio establecer los ferrocarriles en Bélgica. En 1834 dimitió aquel cargo, siendo nombrado entonces gobernador de Amberes, puesto que ocupó hasta 1840, en que se le confió la cartera de Obras Públicas. Poco después ponfise al frente de la oposición liberal, combatiendo durante muchos años las medidas reaccionarias de los ministerios Nothomb y Theux. Volvió al ministerio en 1847, desempeñando sucesivamente las carteras de Guerra y del Interior, que dimitió en 1852. Desde entonces, unas veces en la oposición y otras en el gobierno, fué siempre uno de los hombres que más influyeron en la política belga. En 27 de mayo de 1885 murió en Bruselas, en la casa que le fué regalada por subscripción nacional.



LIEJA (BÉLGICA). — MONUMENTO Á CARLOS ROGIER, el ministro que implantó en Bélgica los ferrocarriles, obra de C. Sturbelle. (De fotografía de Hutin Trampus y C.^{as})

La inauguración del monumento revistió gran solemnidad: el general Schepper hizo entrega del monumento á la ciudad de Lieja; M. Kleger, burgomaestre, trazó la carrera política de Rogier, explicando la acción preponderante de este ilustre estadista, y el ministro de la Guerra pronunció un discurso patriótico. A la ceremonia asistieron los individuos de la familia de Rogier, algunos de los combatientes de 1830 y la Unión patriótica de Veteranos de la provincia de Lieja. El monumento, obra del escultor C. Sturbelle, es bellísimo: en él está Carlos Rogier sentado; á su derecha, la Fama hace ademán de descubrir la estatua; al pie, el león belga tendido, en actitud de guardar y defender al que tanto contribuyó á la libertad y al engrandecimiento de su patria.

LA CUESTIÓN DE MARRUECOS

Ya hemos dado cuenta en anteriores números del curso y término de las negociaciones entre Francia y Alemania, que durante algunas semanas han ocupado la atención del mundo diplomático y que han de tener su desenlace definitivo en la conferencia internacional próxima á reunirse en Algeciras.

A las notas gráficas que acerca de este asunto hemos publicado añadimos la que damos en esta página, en la que el fotógrafo ha sorprendido al embajador de Alemania en París, príncipe de Radolín, poniendo en presencia del presidente del Consejo de ministros de Francia M. Rouvier, en el despacho

de éste, su firma en el famoso acuerdo, con lo cual se ha resuelto de una manera satisfactoria y pacífica un conflicto que al principio podía traer terribles consecuencias.

DANIEL EN LA CUEVA DE LOS LEONES

CUADRO DE A. BAUR

(Véase la lámina de las páginas 672 y 673)

Conocido es el episodio de la vida del profeta Daniel que reproduce este cuadro del notable pintor alemán Alberto Baur. Envidiosos los cortesanos de Babilonia de los honores que á Daniel habían concedido primero el rey Nabucodonosor y luego su sucesor Evilmerodach, consiguieron de éste que obligara al profeta á adorarle, como hacían sus demás súbditos. Daniel se negó á ello diciendo que sólo al Dios de Abraham reconocía como señor del mundo, y airado el monarca mandóle encerrar con sus leones con objeto de que fuese víctima de ellos; pero sucedió que los leones respetaron á Daniel, y asombrado el rey de tal milagro, mandó sacarle de entre ellos, restituyéndole todas sus riquezas, y entregó á las fieras á los envidiosos, que, en un instante, fueron destrozados.

La obra de Baur es bellísima bajo todos conceptos, y en ella es-



LA CUESTIÓN DE MARRUECOS. — EL PRÍNCIPE RADOLÍN, embajador de Alemania en París, firmando el compromiso franco-alemán en el despacho del presidente del Consejo de ministros de Francia. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

tán tratadas con igual maestría las figuras humanas y las fieras. La serenidad del profeta, el asombro de los cortesanos, las actitudes diversas de los leones, todo revela un estudio profundo del asunto y una bien aprovechada observación directa del natural por lo que se refiere á los elementos que el pintor ha podido tener ante su vista.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—ROMA. — Han terminado los trabajos comenzados en febrero de 1903 para la conservación de los frescos de Miguel Angel que adornan la Capilla Sixtina. En ellos se ha prescindido de todo retobo que con el pincel y hasta de lavar aquellas grandiosas pinturas, de suerte que los trozos deteriorados quedan tal como estaban. Lo único que se ha hecho ha sido colocar fuertes lañas de metal en las grietas de las paredes y rellenar los huecos entre éstas y la bóveda con una mezcla finísima de cal y arcilla á fin de evitar que aquellas grietas se ensanchen.

LA HAYA. — De la Galería de Pinturas de La Haya ha sido robada una pequeña obra maestra de Franz Hals; es un cuadro de 24'50 centímetros por 19'50, con el busto de un caballero vestido de negro, con cuello de encajes y sombrero de anchas alas.

Espectáculos.—París. — Se han estrenado con buen éxito: en el Ambigu, *Crime d'un fils*, drama en cinco actos de Mauricio Lefevre; en Nouveautés, *Dix minutes d'arrel*, comedia en tres actos de Jorge Duval; y en el Vaudeville, *La belle Madame Heber*, comedia en cuatro actos de Abel Hermant.

Barcelona. — En Romea ha comenzado la temporada de invierno con una excelente compañía de declamación catalana, de la que forman parte muchos de los valiosos elementos que desde hace años trabajan en este teatro, y además el notable primer actor D. Jaime Borrás. Se han estrenado con buen éxito: *La desenfada*, pieza en un acto de D. Ramón Ramón y Vidales; *El pa de casa*, comedia en tres actos, arreglada á la escena catalana, por el primer actor cómico de la compañía

D. Jaime Capdevila; *Un interior*, escena de familia en un acto de D. Manuel Folch y Torres, y *Un drama á la costa*, drama en tres actos de D. Teodoro Baró.

En el Eldorado han terminado las representaciones de la compañía dirigida por el eminente actor Ferruccio Garavaglia, habiendo estrenado últimamente *Arlechino Re*, comedia satírica en cuatro actos de R. Lothar; *Francesca da Rimini*, tragedia en cinco actos de Gabriel d'Anunzio, y *Resurrezione*, drama en un prólogo y cuatro actos de León Tolstoi, que han valido otros tantos triunfos al citado artista.

En Novedades ha actuado una compañía de ópera, bajo la dirección de D. Francisco Castellanos que, además de cantar

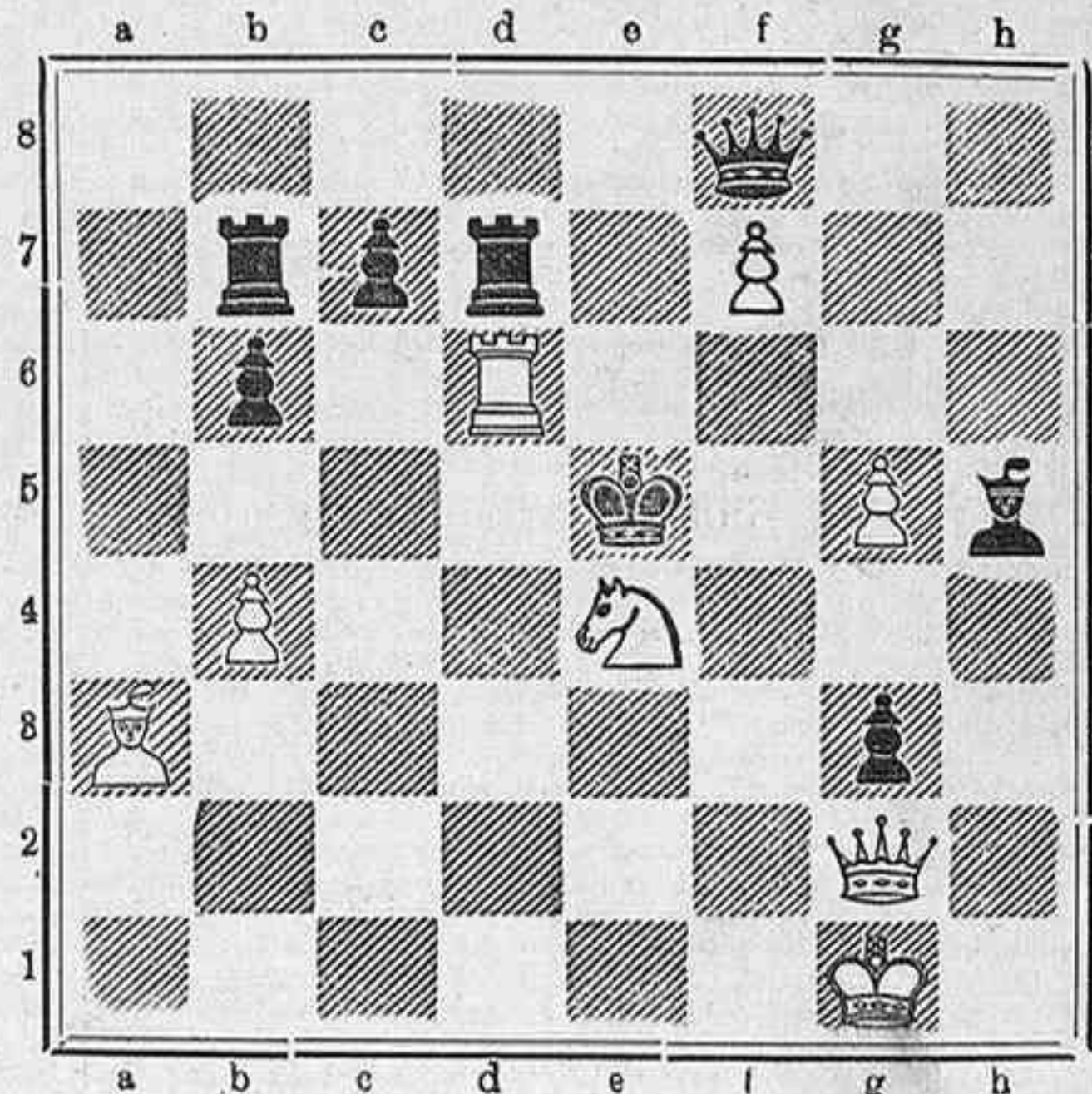
varias obras de repertorio, ha estrenado con mediano éxito *Demón*, ópera en 4 actos y 7 cuadros de Rubinstein.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Boulevard des Capucines, Paris.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 402, POR C. BAYER.

NEGRAS (8 PIEZAS)

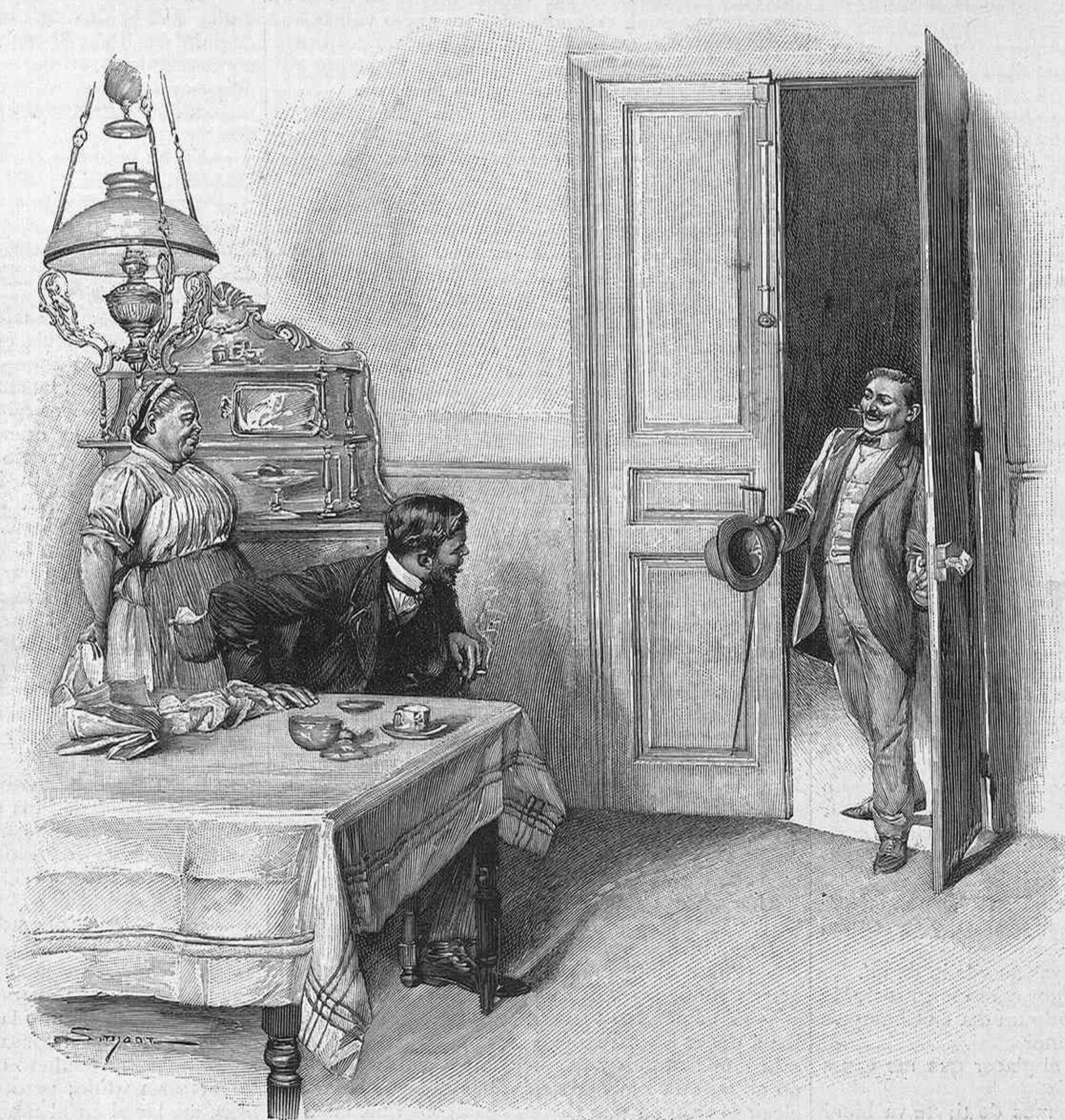


BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 401, POR K. ERLIN Y O. NEMO.

- Blancas. Negras.
- 1. Re5-d4 1. Cualquiera.
- 2. T, A ó D mate.



—¡Quia, querido amigo, si yo no estoy enfermo!

UNA CADENA

NOVELA DE GUSTAVO HUÉ.—ILUSTRACIONES DE SIMONI

I

—¿Lo encuentra usted peor?, preguntó Marta tan pronto como se halló á solas en el vestíbulo con el doctor Quesnel, á quien salió á acompañar.

—No, señora: la parálisis sigue su curso y realiza su proceso con lentitud: á menos de que surja de improviso algún accidente, todavía tendrá usted marido para mucho tiempo, sobre todo si va á instalarse en Grand-Chene, como yo le he aconsejado.

—¡Pobre hombre!, exclamó Marta; ¡qué digno de lástima es!

—Es verdad, señora; pero ¿acaso no es usted tan digna de lástima como él al tener que pasar su juventud junto á ese anciano?

—Ya le he dicho á usted, caballero, que ni por un solo instante me he creído desgraciada. Cuido á mi esposo, ¿qué cosa más natural?

—Sí, su esposo de usted..., dijo irónicamente el doctor.

—Mi esposo, cuyo nombre llevo y al cual se lo debo todo.

—¿Y por qué se quiere usted privar de la cosa más dulce que hay en el mundo, de la única cosa que avalora la vida? ¿Por qué se quiere usted privar del amor? ¿Por qué rechaza usted la dicha de amar y de dejarse amar?

Marta le interrumpió diciéndole con viveza:

—Por favor, caballero: no volvamos á hablar de eso: sabe usted lo mucho que me disgusta oírle hablar así. Le había á usted rogado ya que no lo hiciera, y me lo había usted prometido...

—Hice mal al prometérselo á usted: me es imposible cumplirle lo prometido, porque la quiero á us-

ted, y la quiero á usted, Marta, con tanta locura, que no puedo por menos de decírselo y de repetírselo...

—Pero yo no lo quiero escuchar.

Marta dió algunos pasos hacia la escalera: el doctor la siguió, se acercó á ella y la cogió de las manos.

—Escúcheme usted, se lo suplico, le dijo con voz sentida, y no se ofenda usted de mis palabras: la quiero á usted con toda mi alma: desde hace seis meses próximamente que la casualidad me hizo conocerla; desde que la veo á usted casi diariamente á la cabecera del lecho del Sr. Mauger ó junto á su sillón, atenta á sus menores movimientos, vengo siendo la víctima de la seducción de sus encantos y de sus gracias. ¿Quién no la hubiera amado á usted al verla tan hermosa, tan buena, tan abnegada?.. Y cuando yo quiero confesarle á usted mi amor, me impone usted silencio, me rechaza y violenta usted su corazón, porque usted me ama también, Marta.

La joven se volvió para protestar.

—¡Oh! No diga usted que no.

—No, no; yo no lo amo á usted; no quiero, no debo amarle: no tengo ni siquiera el derecho de permitirle á usted que me hable de ese modo.

—¿Emplearía usted tanta energía para defenderse si le fuera yo á usted indiferente, si usted no me quisiera? Sí, Marta, usted me quiere, y desde que lo he comprendido, desde que lo sé, la quiero á usted todavía más.

La joven iba á contestar al doctor, pero se lo impidió un ruido que sonó en la escalera: desprendió bruscamente sus manos de las del doctor, que éste seguía teniendo asidas: el doctor no se desconcertó por ello.

—Hasta la vista, señora, dijo inclinándose. Procure usted decidir á su querido enfermo á marchar al campo lo más pronto posible: le conviene mucho. Salió.

Marta se volvió inquieta á sus habitaciones.

Leonardo, un antiguo criado que la había conocido desde muy pequeña, se encontró de pronto ante ella.

—El señor te quiere ver, balbuceó Marta poniéndose muy encarnada y apenas repuesta de la turbación y del temblor que le sobrevino al temer que el sirviente hubiese escuchado las amorosas declaraciones del doctor.

—Pero, señora, le replicó Leonardo, si acabo de dejar al señor y es él quien me envía á buscarla á usted.

Y al ver á Marta subir con rapidez la escalera para reunirse con su marido, murmuró entre dientes:

—Me parece que el médico apunta algo más lejos de lo que debiera: estaré sobre aviso, ¡cuerpo de Baco!, y no precisamente por el señor, sino por ella, por la pobre señora Marta.

II

El doctor Quesnel acababa de tomar su desayuno en la modesta habitación que ocupaba en la calle de Geole, desayuno frugal preparado y servido por la señora Marcelina, una vieja que tenía aquél al cuidado de la casa.

Ayudado de codos sobre la mesa, fumaba distraídamente un cigarrillo, y pensaba. Sus reflexiones no debían de ser alegres, á juzgar por la profunda arruga que se marcaba entre sus dos cejas, aproximán-

dolas, arruga que daba á su fisonomía la expresión de una dureza extrema.

Marcelina entró.

—Hay ahí un caballero que desea hablar á usted, le dijo.

—No recibo ahora, repuso Quesnel bruscamente, encolerizado por haberle distraído de sus meditaciones. Que vuelva el que sea á la hora de la consulta.

—¡Quia, querido amigo, si yo no estoy enfermo!, exclamó alegremente una voz.

Por entre el cortinaje de la puerta apareció el semblante alegre de un hombre muy joven, de ojos pardos y algo duros, barba partida cuidadosamente, y bigote retorcido sobre una dentadura blanca y felina.

—¡Armando Leroy!

—El mismo, mi querido Quesnel.

Cambióse entre ambos un fuerte apretón de manos.

—¿Has almorzado?, le preguntó Quesnel.

—Sí.

—Entonces, sígueme.

El médico condujo á su amigo á su gabinete, habitación demasiado pequeña, pobremente amueblada, sin gusto y de una manera descuidada é insuficiente: un sofá, dos sillones y cuatro sillas de madera de anacardo vestidos de terciopelo rojo, deteriorado, lustroso ya por varios sitios y mal conservados.

Leroy se echó sobre el sofá y de una sola y rápida ojeada inventarió los objetos que le rodeaban.

—¡Diablo!, pensó, esto huele á miseria.

—Ante todo, querido Armando, dijo el doctor sentándose ante la mesa que le servía de escritorio, dime por qué casualidad...

—Una casualidad muy sencilla: la defensa de un pleito en el vecino pueblo de Champuis... Al bajar del tren he almorzado, y en seguida me puse en campaña en busca de tu domicilio: no me ha costado poco trabajo averiguar dónde vivías...

Quesnel hizo una mueca de despecho, una crispación de labios rápidamente reprimida, y se esforzó para decir:

—Te agradezco que te hayas acordado de mí.

—No digas tonterías, ¡amigos como nosotros! ¿Me creerías tú capaz de pasar todo un día en Champuis sin venir á estrecharte la mano?

—No puedes imaginarte el placer que me causa el verte.

—Pues ¿y yo?... Pero hablemos de ti; ¿te va bien?

—No del todo mal.

—¿Y de negocios?

—Espacio.

—¡Ya! ¿Hay pocos enfermos?

—No ciertamente: á los demás no les faltan.

—¿No estás contento?

—No lo estoy mucho.

—Ya lo estarás con el tiempo: el hacer clientela cuesta mucho: se necesita tener paciencia.

—No, no, Armando, no es eso, le interrumpió Quesnel sobreexcitado; hace ya tiempo que tengo paciencia, pero mis recursos no me permiten seguir teniéndola.

—¡Pobre Quesnel! ¿Hasta ese extremo has llegado?

—¿Que si he llegado hasta ese extremo? Ni aun para comer gano.

—¡Un joven serio y fuerte como tú, un obrero de la ciencia!

—Sí; un joven serio y fuerte como yo.

—¿Pero qué idea te dió de venir á establecerme en Champuis en vez de haberte quedado en París, en donde los maestros, que te apreciaban y querían, te hubieran con seguridad impulsado?

—Me era imposible..., y después, preciso es que te lo diga, siempre tuve el pensamiento de volver aquí y de crearme un nombre, de ser un gran médico en esta población en la que mi padre había tenido una situación tan modesta.

—Ha sido una falta garrafal. Ya conoces el proverbio que dice que nadie es profeta en su país.

—Tienes razón: fué una falta garrafal de la que me he convencido demasiado tarde.

—¿No sería tiempo aún de repararla?

—No: mi padre, antiguo capitán que hizo su carrera laboriosamente, y viudo, se sacrificó lo que no es decible porque su hijo fuese un personaje, un interno de los hospitales de París; así es que, cuando murió hace dos años, sólo me dejó lo indispensable para amueblar mi gabinete tan modestamente como tú ves... ¿Podía pensar yo en establecerme en París con capital tan exiguo?... Hubiera sido una locura. Además, como te he dicho hace poco, tenía deseos de volver á Champuis: creía que para obtener buen éxito bastaba con ser hombre concienzudo é instruído... No duraron mucho tiempo mis ilusiones: mis compañeros se encargaron de arrebatármelas rápida-

mente y de demostrarme que la Medicina no es un sacerdocio, como yo creía, sino un oficio vulgar, un comercio como otro cualquiera, con su concurrencia más ó menos desleal en una población de veinte mil habitantes, que cuenta con treinta médicos.

—La verdad es, pobre amigo mío, que siempre has sido muy cándido, dijo Armando interrumpiéndole y lanzando hacia el techo desdeñosamente una bocanada de humo.

—Tienes razón, pero ¿qué quieres?, es cuestión de temperamento y de educación; sin embargo, me han corregido ya de ese defecto, aunque la lección haya sido ruda... Pocos días después de mi instalación, había sido ya llamado para asistir á cinco ó seis enfermos graves, y me felicitaba de aquel comienzo que me hizo creer en el éxito para un porvenir próximo. ¡Siempre con mis ilusiones!.. No contaba con la envidia de mis compañeros que, viendo en mí un enemigo, temblaron por sus monedas de cinco francos. ¡Si yo te dijera todo cuanto hicieron para evitar que yo tuviese clientela, las viles insinuaciones y las bajas calumnias que contra mí aparecieron, no lo creerías!.. Uno de ellos, el de más fama, el que más visita en la población, y por lo tanto el más rico, asistió á consulta en uno de mis enfermos, y lo mató concienzudo y voluntariamente para poder imputarme su muerte. «Se dirigen ustedes á médicos jóvenes y sin experiencia—fué diciendo por todas partes,—y ahí tienen ustedes el resultado; cuando se nos llama á nosotros, á los que ya somos prácticos, suele ser demasiado tarde; el mal está hecho, y de nada sirve ya nuestra ciencia.» Mis clientes me fueron abandonando uno tras otro sin acordarse de pagarme sus cuentas, y pronto me quedé sin ninguno... No; me engaño: hay algunos pobres, muy pobres, que reclaman mis cuidados, porque mis compañeros no acostumbra á visitar *gratis*, en tanto que yo nada les pido: ¡les estoy haciendo la competencia á las casas de caridad!..

Una amarga sonrisa acompañó sus últimas palabras.

Leroy tuvo compasión de él.

—¡Pobre amigo mío!, dijo, ¿y no has intentado marcharte de aquí?

—¿Y cómo? No tenía un céntimo. Sin embargo, iba á poner los medios para ello; estaba decidido á salir de Champuis y á ocultar en un rincón del campo mi miseria y mis rencores. Tomaba ya datos para elegir el sitio en que pudiera establecerme, cuando fuí llamado, hará de esto unos seis meses, para asistir á un anciano atacado súbitamente de parálisis. El llamarme á mí se debió únicamente á la casualidad: el enfermo no tenía médico habitual: vive aquí muy cerca: el criado á quien enviaron á buscar un médico, acudió al más próximo. Indudablemente he agradado al Sr. Mauger y no han llegado á sus oídos las calumnias propaladas contra mí por mis compañeros, por cuanto ha seguido dispensándome su confianza y yo continúo asistiéndole.

—¡Demonio! ¿Nada más que un enfermo? Bien poco es.

—Tres ó cuatro visitas por semana á cinco francos una, son setenta y cinco francos seguros al mes.

—¿Y por tan exigua remuneración has renunciado á tus proyectos?

—Sí, al menos momentáneamente.

—Pero eso no ha de durar siempre: tu cliente debe de ser viejo.

—Tiene setenta y dos años.

—¿Es rico?

—Se le calculan, por lo bajo, unos dos millones de capital.

—¿Soltero?

—No, casado con una mujer muy joven.

—¡Ah! Ya estamos al cabo de la calle. ¿Y es bonita esa joven?

—Hermosa, á lo sumo: muy morena, deigada, apenas formada; pero ¡qué dientes y qué ojos!..

—¿Le haces el amor?

—Algo.

—¿La quieres?

—¡Psh!.. La deseo.

—¿Y cómo marcha el asunto?

—Espacio.

Leroy se había levantado para arrojar á la chimenea la punta de su cigarrillo, y apoyando ambas manos en la mesa, dando frente á Quesnel, dijo:

—Amigo mío, me parece que tus asuntos no van tan mal como acabas de decirme: hete ahí con un buen matrimonio en perspectiva.

Quesnel exclamó:

—Un matrimonio, quizá; pero en cuanto á bueno, ya es otra cosa. No es seguro que el Sr. Mauger deje á su esposa por heredera de su fortuna; pero, aun siendo así, viuda, rica, y por lo tanto muy solicitada, ¿me querrá ella?

—Eres un niño... Hazla por el pronto tu amante, y ella será la que te ruegue que la lleves al altar cuando sea libre. Si cuando llegue ese caso es rica, condescenderás en darle tu nombre, y si no lo es, porque su esposo no se haya cuidado de legarle su fortuna, ya encontrarás un pretexto plausible para dejarla.

—Ya he pensado en ello, replicó Quesnel sencillamente.

—Es preciso que te apresures. ¿Te quiere?

—Así creo, pero ¿quién puede asegurar nunca esas cosas? En todo caso, me esfuerzo en persuadirla de ello.

—Está muy bien, y te felicito. Nada de debilidades, sobre todo: no malogres semejante prebenda por cualquiera ridícula cuestión de sentimiento, ni te detengas en tan hermoso camino.

—No, te lo juro: he sufrido demasiado de un año á esta parte, y quiero que ese sufrimiento me sirva de algo... ¡Oh, mis queridos compañeros me han prestado un gran servicio sin sospecharlo! Terminaron las simplezas, las ilusiones, los escrúpulos pueriles, las bellas teorías... También quiero yo llegar; quiero ser rico, y lo seré... Después, ya veremos.

—¡Bravo!, exclamó Leroy en sentido aprobatorio, descubriendo al reír sus agudos dientes. Me gusta oírte hablar así. En nuestra época no está de moda el sentimentalismo. Hay que llegar, que subir á toda costa. Los que son débiles la yerran. Te deseo éxito completo, y hasta quiero ayudarte con algo más que con mis consejos: pongo mi bolsillo á tu disposición.

—Gracias: eres un buen amigo, y te reconozco en ese rasgo. Pero dejemos este asunto y hablemos algo de ti. ¿Cómo vas?

—Bien: tengo bastante trabajo. Me he dedicado á una especialidad, á los divorcios, pero siempre en favor de las mujeres: resulta muy divertido y se gana mucho. A ratos perdidos me ocupo en política, y hasta escribo en los periódicos.

—¿En qué sentido?

—En sentido retrógrado. Es imprescindible estar en la oposición para conseguir que resalte la propia personalidad. ¿Hay medio, acaso, de poder figurar hoy en la izquierda cuando todo el mundo es republicano? Ahógame á uno la multitud, y de otra parte, nada hay tan pueril como el estar aplaudiendo constantemente. Te confieso que vacilé mucho antes de tomar un partido; pero, después de reflexionarlo bien, me lancé en el monarquismo intransigente, y me va á pedir de boca. Critico al ministerio, haga lo que haga; vapuleo con pluma acerba y bien templada á los hombres de la situación, y voy obteniendo éxitos fáciles hasta el día en que...

—En que triunfe la monarquía y te pases á la izquierda para estar siempre en la oposición.

—Así es; pero no era eso lo que yo iba á decir: hasta el día en que un buen casamiento me permita vivir y pensar con independencia. Aún hay herederas ricas en nuestro partido.

Quesnel guardó silencio unos instantes, y luego dijo:

—Apruebo tu conducta.

—Estoy orgulloso de ella. Pero, en fin, eso no hace el caso; lo que hace al caso es que veo, querido amigo, que has cambiado por completo, con gran ventaja para ti, y que me apresuro á reconocerlo. Si hace dos años te hubiesen hablado como acabo de hacerlo ahora, hubieras puesto el grito en el cielo: me parece oírte.

—¡Oh! ¡Caros me han costado mis principios!... Aquí, donde me ves, comprendo que me estoy haciendo feroz. Me he propuesto llegar, y llegar pronto. ¡Tanto peor para aquellos con quienes tropiezo en mi camino!

—Hablemos ahora de la mujer de tu cliente, dijo Leroy, juzgando propicio aquel momento para volver á llevar la conversación á punto tan interesante. ¿Qué edad tiene?

—Veinte años, sobre poco más ó menos.

—¿Y dices que su marido tiene setenta y dos?

—Sí: creo que se casó con ella sólo por tener una buena enfermera.

—Y ella, á su vez, aceptó para asegurar una buena fortuna. ¿Cuándo enviudará?

—El Sr. Mauger puede ir tirando aún dos años, á lo sumo, como también puede morir mañana.

—En ese caso, te conviene conquistarla con urgencia, porque dijiste antes una verdad: viuda y rica, se te pudiera escapar.

—Hago cuanto puedo y lo mejor que puedo para llevar las cosas á feliz término; pero adelanto poco. Después de haber sido sentimental hasta dejarlo de sobra sin gran resultado, he cambiado de táctica y empiezo á mostrarme atrevido; pero cuesta un triunfo conmové á esas jóvenes cuyos sentidos no se han despertado aún. Con una mujer más mujer, la cosa iría mejor.

—A veces triunfa la audacia.

—Lo ensayaré en la primera ocasión que se me presente: por desgracia, no son frecuentes las ocasiones.

—A ti te toca hacer que surjan... De cualquier modo, tomo parte en tu negocio. ¿Qué dinero necesitas?

—Es difícil precisarlo.

—Veámoslo: pongamos las cosas en lo peor, y supongamos que tu cliente viva aún dos años: añadamos otro para los lutos de la viudez de su mujer, y serán tres: á cinco mil francos por año, suman quince mil. ¿Es bastante cantidad?

—Es más de la que necesito.

—¿Piensas ayudar á la enfermedad?

—¿Estás loco?

—Es una sencilla broma. Ahora bien: te abro un crédito de quince mil francos.

—¿Pero cuándo y cómo podré reembolsarte semejante cantidad?

—Cuando te hayas casado, sobre la dote de tu mujer.

—En ese caso te la devolvería con usura.

—Con usura no; con sus intereses únicamente.

—¿Y si no me caso?

—Habré hecho un mal negocio... Pero eso no me preocupa: con el carácter firme y decidido que reconozco en ti, respondo del éxito. Ahora, si tienes libre la noche, te invito á cenar conmigo y cerraremos nuestro trato: me hospedo en el hotel de Inglaterra.

—Iré: cuenta conmigo.

—En ese caso, hasta la noche.

Marchóse Armando, y Quesnel, de vuelta en su gabinete, se puso á reflexionar acerca de los consejos de su amigo.

El buen Leroy estaba en lo cierto, verdaderamente. Había sabido navegar por el mundo con rumbo más cierto que el suyo, y sentía no haber hecho caso de él antes. En otro tiempo había tomado por fanfarronadas las teorías del abogado: las había juzgado una bribonada cínica, una apostasía; él, sencillo provinciano, hijo de un marino, acostumbrado desde su niñez á oír hablar de abnegación, de heroísmo, de sacrificio, como de cosas enteramente naturales. Durante su permanencia en París, alternando con los jóvenes de su edad y absorbido como estaba por sus estudios, había conservado casi intactas sus creencias y sus ilusiones. Pero hoy, aleccionado por la experiencia, y herido en lo más hondo por las brutales realidades de la vida, veíase obligado á reconocer que Armando tenía razón: era preciso llegar en seguida, conquistar el éxito á todo trance, abrirse camino, luchar y triunfar en el rudo combate por la existencia; y para conseguirlo, todos los medios eran buenos, todas las armas eran legales con tal de que la victoria coronase el esfuerzo.

Se le presentaba una ocasión, única, inesperada, ¿por qué no aprovecharse de ella? ¿Para dejar el puesto á otro que fuese más hábil ó menos escrupuloso? ¿Eso sería demasiada imbecilidad de parte suya!.

Quesnel buscaba excusas para tal procedimiento; pero, después de todo, ¿qué había de reprochable en el fin que perseguía? Convertir en mujer verdadera á aquella hermana de la caridad, á aquella virgen que no estaba casada más que de nombre, y luego, cuando fuese viuda y rica, hacerla su esposa. ¿Qué mal había en ello en resumidas cuentas? El sería para ella un buen marido; tal vez la quisiera un día, ¿por qué no?, y le devolvería en honor cuanto ella le hubiera dado en fortuna y en consideración... Peor, mucho peor pudiera caer ella.

Quesnel se levantó y se acercó á la ventana.

Los faroleros iban encendiendo ya por las calles el alumbrado público: grandes nubes de amatista corrían en dirección á poniente sobre el fondo purpúreo del firmamento: sobre un montón de techos intrincados, erguía la flecha de la catedral dominando orgullosamente la población.

Quesnel contempló durante un segundo el encaje de piedra, delicado y cada vez más fino, pero mucho más fino allí donde surgía el pararrayos.

Irguióse, como si quisiera alcanzar la altura del campanario.

—También subiré yo, dijo.

—Había tomado una resolución inquebrantable.

Un momento después salió para visitar en la calle de Gaillon á algunos infelices á quienes asistía por caridad.

III

El Sr. Mauger ocupaba una gran casa situada casi fuera de la población, en mitad de un jardín cercado de muros, y en el ángulo que formaban la calle de Bosnieres y el callejón de Haldot, especie de calle-

juela estrecha y escarpada: la casa tenía tres puertas, dos en la fachada principal, y la otra sobre el callejón, destinada á la servidumbre.

Como la casa era muy grande, no estaba ocupada por completo. En el piso principal, el Sr. Mauger y su esposa tenían dos habitaciones espaciales separadas por un cuarto tocador y daban á un largo corredor, común á las mismas, en cuyo extremo había una escalera que subía al segundo piso en el cual habitaban Leonardo y su mujer: en el piso bajo estaban el comedor y el salón, que rara vez se abría, porque los Sres. Mauger recibían poco: en el subsuelo estaban emplazadas la cocina y la recocina.

Aunque sin otra familia que primos lejanos á quienes veía rara vez y de quienes se cuidaba poco en cuanto á redondearles la herencia, el Sr. Mauger, que había hecho una gran fortuna dedicado á los negocios, había llegado á los setenta años sin haberse decidido á casarse.

Al llegar á dicha edad, se encontró aburrido. Tras su vida activa, le pareció y fué muy pesada la ociosidad. Le inquietó el porvenir. Él, que nunca había conocido la menor indisposición, le tuvo miedo á las enfermedades, les cobró horror: su edad le impresionó: ¿se quedaría acaso impotente? Luego se hizo naturalmente otra reflexión: ¿quién le cuidaría? Por primera vez sintió vivir solo.

Lo primero en qué pensó fué en buscar un ama de gobierno. Habló de ello con sus amigos, solterones como él, al jugar aquella noche su partida de costumbre en el café de la Prefectura, y todos ellos estuvieron unánimes en censurar tal propósito: una mujer á sueldo lo explotaría sin pensar en otra cosa que en aprovecharse de la situación para sacar de ella todo el partido posible: en cambio, no hallaría él los cuidados y la abnegación que tendría derecho á esperar de ella.

Volvió disgustado á su casa y se encontró perplejo... ¿Qué hacer? Casarse.

La idea le pareció tan chusca, que él mismo se rió de ella con toda su alma. ¡Casarse á los setenta años!.. Verdad es que aún estaba fuerte y que representaba diez años menos de los que tenía; pero meter en su casa á una extraña que alteraría sus costumbres, que querría imponer su voluntad y á la que no le quedaría el recurso de poner de patitas en la calle... ¡No, eso nunca!

Es decir, á menos de dar con una joven dócil que se plegara á su carácter algo autoritario y que lo quisiera..., eso, sí, como á un padre: él no aspiraba á más.

Confesó con timidez sus pensamientos á sus camaradas de juego en el café de la Prefectura, únicos á quienes él podía pedir consejo; pero aquellos lo tomaron á broma desde las primeras palabras «¿Qué locura! ¿Qué muchacha querría vivir con él?..» Ante aquella oposición hizo un cambio de frente, formó coro con ellos y dijo que lo había dicho en broma sin otro objeto que el de reír un rato.

Sus amigos, puestos en guardia, no se detuvieron allí y le hicieron una ovación cada noche que entró en el café, al ver dibujarse su alta estatura, aún erguida, en el umbral del cuarto de fumar.

—¿Cuándo es la boda?..

Aquellas bromas estúpidas le cansaron: dejó de ir al café y se encerró en su gran casa vacía. Acreció su fastidio: las noches solitarias tras los días ociosos, le parecieron interminables.

En aquella época crítica, la casualidad puso á Marta en su camino.

Marta Meriel tenía diez y ocho años: su padre, especulador tan audaz como desgraciado, cansado de luchar contra su persistente mala fortuna y anonadado por el último revés que le arrebató hasta la esperanza de volverse á levantar con el tiempo, se había levantado una mañana la tapa de los sesos de un pistoletazo, dejando á su hija en la mayor miseria.

Aún estaba Marta en el convento. Al saber la superiora el suicidio del Sr. Meriel, comprendió que no cobraría los atrasos de la pensión de la joven, y que además nadie se cuidaría de pagar sus ulteriores gastos. En su vista, hizo comprender á Marta la necesidad en que estaba de separarse de ella: su sitio no era ya el convento. Le quedaba el obrador, en el que se instruía gratuitamente á las huérfanas pobres: en él podría tenerse hasta los veinte años, y colocarla después como sirvienta en alguna buena casa en concepto de doncella ó para reparar la ropa.

A pesar de aquel ofrecimiento que se le hacía, Marta dejó el convento sin reflexionar siquiera que carecía de techo en donde cobijarse. Impulsada por la fuerza de la costumbre, se dirigió rectamente á la casa paterna. Leonardo, que aún vivía en ella encargado de velar por que nadie levantara los sellos puestos por la Justicia, acogió con los brazos abiertos á la joven, hija de su difunto amo, y le propuso que

se quedase á vivir con él en tanto que se liquidaran los asuntos del Sr. Meriel.

Marta aceptó sencillamente, y se instaló en casa de aquel buen hombre, que la conocía de siempre y cuya mujer la había criado desde que murió su madre, á los tres meses de haber nacido ella: aceptó, sin parar mientes en la carga que echaba sobre los hombros de Leonardo, quien, por la muerte de Meriel, se veía en la necesidad de buscar otra ocupación para poder vivir.

Leonardo, el Sr. Leonardo, como generalmente le llamaban, era un hombre singular. Pequeño, seco, nervioso, con los labios delgados, los ojos vivos y centelleantes de malicia y la voz breve y de inflexiones diversas, afectaba tener maneras rudas, y á veces hasta brutales.

En su parte moral era una curiosa mezcla de delicadeza, sorprendente en alto grado en un hombre de su condición, de astucia, de bondad, de avaricia, hasta de rapacidad, que conservaba de su origen aldeano.

Después de haber ejercido por más de veinte años en casa del Sr. de Meriel el modesto cargo de ayudante de jardinero, había ascendido hasta los de intendente y hombre de confianza de su amo. Trabajador, afecto á los intereses de su dueño que le confiaba el cuidado de muchas cosas á las que no podía atender por sí mismo, absorbido en sus grandes y desgraciadas empresas, Leonardo se había sabido hacer indispensable y había adquirido una influencia enorme en la casa.

Viviendo siempre en cierta clase de intimidad con Meriel, había llegado á considerarse como de la familia, y á concebir por su amo una adhesión verdadera, por interés, por gratitud y por costumbre. Quería á Marta porque la había visto nacer y porque la joven representaba ahora todo lo que quedaba de aquella casa, en otro tiempo tan próspera, y que él consideraba en cierto modo como suya.

El suicidio de Meriel metió bastante ruido en la población. El Sr. Mauger, que era uno de los principales acreedores del difunto, fué uno de los primeros en tener noticia de él: el arreglo de ciertos asuntos lo puso en frecuente relación con Leonardo, y en casa de éste conoció á Marta. Al conocer la angustiosa situación de la joven, se conmovió, y francamente, sin segunda intención, tuvo piedad de ella á causa de su desgraciada suerte. Luego, á fuer de hombre muy práctico, pensó que quizá se le ofrecía entonces la ocasión tan soñada de salir de la soledad en que se aburría. ¿No sería Marta para él una esposa perfecta?

Su juventud hacía que no tuviese hábitos adquiridos, y no teniéndolos, se plegaría con más facilidad á sus manías y á sus caprichos. Ignorante del mundo, de sus vicios y de sus intrigas, sería indudablemente mejor que otra alguna: correría menos peligro de ser engañado y de que le pagaran con ingratitud sus beneficios. Por último, aquella niña alegraría su vejez y proyectaría resplandores de luz sobre los últimos años que le quedaban de vida.

Faltaba saber si la señorita Meriel aceptaría sus proposiciones. No era esto muy dudoso, dada su posición. Tendría la doble ventaja de hacer una buena obra y al mismo tiempo un buen negocio.

El Sr. Mauger comprendió que antes de dirigirse á Marta le convenía tener de su parte á Leonardo, y á este efecto le confió sus proyectos. El buen hombre, demasiado listo para no comprender desde el primer instante todo el provecho de aquel enlace para Marta y... para él, le ofreció su apoyo.

El Sr. Mauger habló, de su parte, con tanta bondad á la joven cuando hizo su petición directa, fué tan persuasivo, le hizo comprender tan bien que no llevaba otras intenciones que las de reemplazar á su padre, asegurar su porvenir y ponerla para siempre al abrigo de la necesidad, que la joven aceptó, á condición, sin embargo, de que Leonardo aprobase el casamiento.

Éste, fiel á la promesa hecha al Sr. Mauger, animó á Marta en sus ideas y le hizo ver de una manera escueta su situación presente, que no era más que la ruina, la miseria sin recursos. Verdad es que convino en que casase la joven á su edad con un hombre de setenta años no ofrecía una perspectiva muy agradable; pero ¿no valía más transigir con ella que morir de hambre ó vivir á expensas ajenas?

Estas palabras confirmaron á Marta en su resolución. No tenía ella el derecho de imponerse á los antiguos servidores de su padre, puesto que no le era posible indemnizarlos.

Marta dió al Sr. Mauger su consentimiento para ser su esposa con una sola condición: la de que Leonardo y Virginia no se separasen de su lado.

(Continuará.)

LA CARICATURA EN ESPAÑA.—SILENO.—MONTESERÍN.—ROJAS

SILENO

El amable, instruido y popular artista Sr. de Villahermosa ha publicado en un diario de gran circulación de Madrid tres ó cuatro artículos muy curiosos y bien hechos sobre la caricatura. Y diré á uste-

gobierno. Sus caricaturas de todos ustedes serán muy conocidas. Hace ocho ó diez años que semanalmente ilustran las páginas de dos ó tres revistas. Y la maestría del dibujante es tanta, que con sólo unas líneas, muy pocas, deja bien interpretado el personaje y la escena; lo segundo mejor que lo primero: porque, si hemos de decir verdad, la característica y fisonomía psicológica de nuestros hombres políticos no tiene nada de compleja: bien al contrario, con el molde de uno salen todos... ¿Qué más da que sea Villaverde, Azcárraga ó el marqués de Polavieja el caricaturizado? Los tres de pelos blancos ó plomizos, de faz iracunda, soberbia, y sus cuerpos, tan dignos y venerables como sus amigos quieren, que á ello no me opongo, con tanta panza... Su estatura es la misma, como su grosor, y sus interesantes miradas de estadistas...



POR HORAS.

- Al paso y por la Ronda.

- Ya sabe el señorito que pasando de los límites aumenta la tarifa. (De *Satiricón*, 1903.)

des, lectores míos, sin pasar una línea más adelante: que el Sr. de Villahermosa es el mismo *Sileno*, seudónimo muy estimado en el mundo artístico.

Sileno, pues, merece por sus interesantes artículos llenos de profusas notas y de conocimientos é ideas nada vulgares, que en nuestros primeros párrafos consignemos su verdadero triunfo como estudioso artista que ama con sinceridad su arte.

Y bien quisiera el que esto escribe discurrir ahora que la ocasión lo demanda sobre algunas cosas de las que el caricaturista-escritor extensamente nos habla en sus prosas. Pero en la Revista donde la mía verá pública luz, danme ya, como es costumbre, las cuartillas tasadas: ni una más de diez y seis tengo en mi carpeta.

¿Dispensará mi estimado amigo *Sileno* que yo pase por alto, á mi pesar, lo más importante de la caricatura—lo más serio y menos laxo para nosotros,—lo que sería materia de un libro, y aquí, por su extensión, no consentirían? Y como no viven en nuestro pobre medio revistas populares á estos fines destinadas, es decir, á insertar en cada número dos ó tres artículos sobre una misma materia, ó si las hay su tirada es escasa y el pago del trabajo del artista es mezquino, de aquí que, por ahora, prescindamos de extendernos en este orden de consideraciones.

**

Hablemos ya de cuatro ó cinco buenos artistas del lápiz que en el trabajo cómico tienen firma y gracia. *Sileno* ocupaba nuestra atención. Sigamos con él, con este caricaturista político, fundador del *Gedeón*, intérprete afortunado de la sal de este personaje español tan conocido é imprescindible en nuestra tierra. También dibujó muchas veces *Sileno* os errores, debilidades, ridículos marasmos y demás delitos de nuestros desafortunados hombres de des-

tas intensas y acabadas, como la que va unida á este artículo. Lástima que *Sileno* no fuera inglés ó francés ó de cualquier parte donde la gente política tuviera algo... en su fisonomía, y no vano, fuera de lo vulgar, zonzó, digno de ser observado por los escrutadores ojos del artista, vagorosos ahora, muy apagados en nuestro pobre campo...

MONTESERÍN

He aquí otro joven moderno artista. Es discípulo ó admirador, como él quiera, de Ricardo Marín; y del arte de éste ha preferido cultivar una sola nota: la caricatura ó apuntes de las mujeres de la alta sociedad, y en ellos los lances, diversiones y gustos de la aristocracia.

¿Conocéis los dibujos de Montseserín? Muchas Revistas los han publicado. Traed á vuestra memoria, con ellos también, la silueta de una mujer que ideara Montseserín; como ésta serán todas las que dibujó el artista: altas, esbeltas, delgadas, de adorable cuerpo, de pequeña cabeza rubia, de delgado brazo y aristocrática mano de ensueño; de ojos moribundos ó con llamas de lascivia embriagadora... Pero lo más típico en el dibujo de estas mujeres de corte antigua son sus cuellos, sus descotes pronunciados, vistos por detrás. Alguien dice que parecen los cuellos alabastrinos de estas hembras, de gallinas, de cisnes; yo los veo como los tallos ó base de un bien confeccionado ramo de flores invertido, donde

-MONTESERÍN-



SUR-LA-GLACE, caricatura de Montseserín

los pétalos de las rosas y su lozanía y belleza van cubiertos con el verdor de las vulgares hojas—los encajes y sedas.—La cabeza, pues, de estas mujeres



SILENO, apunte de Sancha

es lo que estuvo más próximo á la tierra, la última parte inferior del tallo...

Montseserín vive en provincias, en Astorga; de allí viene á la corte de vez en cuando, y al poco tiempo, si se aburre de la vida de café y del dulce flirteo por las reuniones de niñas ricas casaderas, torna otra vez al lugar apacible, tranquilo, de León.

Y muchas veces, contemplando, admirando los dibujos modernistas de Montseserín, yo me he preguntado con cierto asombro: ¿cómo en Astorga, ve-

tusta ciudad, pudo este original é inteligente artista hacer tales cosas que merecen nuestras loanzas sinceras, y de qué modelos se sirvió?

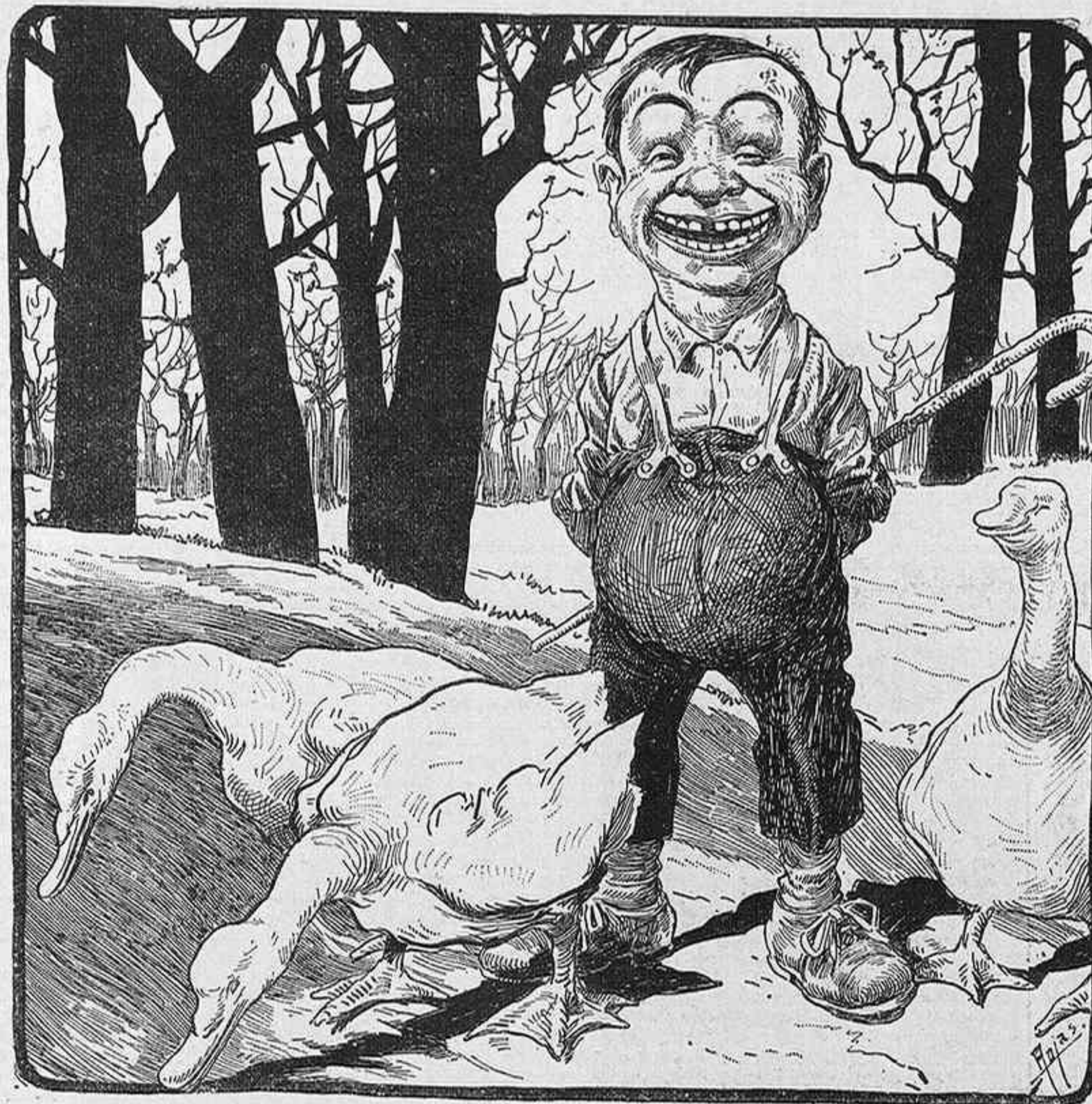


ROJAS

Su retentiva, pues, para estos dibujos elegantes, exquisitos, dulces, es asombrosa. Yo tengo junto á mis ojos, cuando esto escribo, unas copias fotográficas de unas decoraciones de salón que Monteserín ha pintado en Pontevedra. Y este trabajo, ello solo, hace la fama de un artista que, por el género moderno de su caricatura, debe figurar con los Sancha y Marín.

ROJAS

Si ustedes quieren conocer una máquina curiosísima, correcta, gra-



CUATRO PATOS, caricatura de Rojas

ciosa siempre, que hace un *mono* por minuto, una historieta en un cuarto de hora—todo publicable—y es capaz de llenar las diez y seis páginas de cualquier Revista en unas horas de tarea, visiten la casa de Pedro de Rojas. Y fijense en su despacho: allí está la máquina, bien terminada, utilísima, que trabaja sin descanso. Es el mismo artista, el simpático Rojas, el dibujante que más cosas ha firmado, más que Cilla—y ya es afirmar,—en sus treinta años de vida.

El sevillano Rojas es un artista instruído, estudioso, con vena satírica y vista envidiable. Nada de las cosas cómicas ó ridículas de nuestra vida, y son muchas, pasa ante su retina sin que en ella deje una justa impresión.

¿Podemos exigirle á un artista que tanto trabaja corrección perfecta en sus planas?

Los *monos* de Rojas tienen siempre algo: ó gracia en la situación y en los epígrafes, que son casi todos suyos, ó elegancia y limpieza en el dibujo. Yo he visto algunas caras de mujeres dibujadas por Rojas que eran una maravilla de gusto y delicadeza.

Pedro de Rojas, cuando vive en la corte, asiste al Congreso, al Salón de Conferencias, y sabe, en fin, de política más que Aguilera, que es cuanto hay que decir.

MANUEL CARRETERO.

DICCIONARIO DE LAS LENGÜAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS
 Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes, idiotismos, el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.
 Montaner y Simón, editores.— Aragon, 309 y 311. Barcelona

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano
 Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.
 Montaner y Simón, editores.— Calle de Aragón, núms. 809-811. Barcelona

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Rambla de Cataluña, 14, entresuelo, Barcelona

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VINO AROUD
 CARNE-QUINA
 el mas reconstituyente soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
 Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
 CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Rematizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

FERRUCCIO GARAVAGLIA

Sin pomposos anuncios, sin esos trabajos de preparación que predisponen al público en favor de determinado actor, se ha presentado el eminente cuanto modesto artista Ferruccio Garavaglia en el escenario del teatro Eldorado.

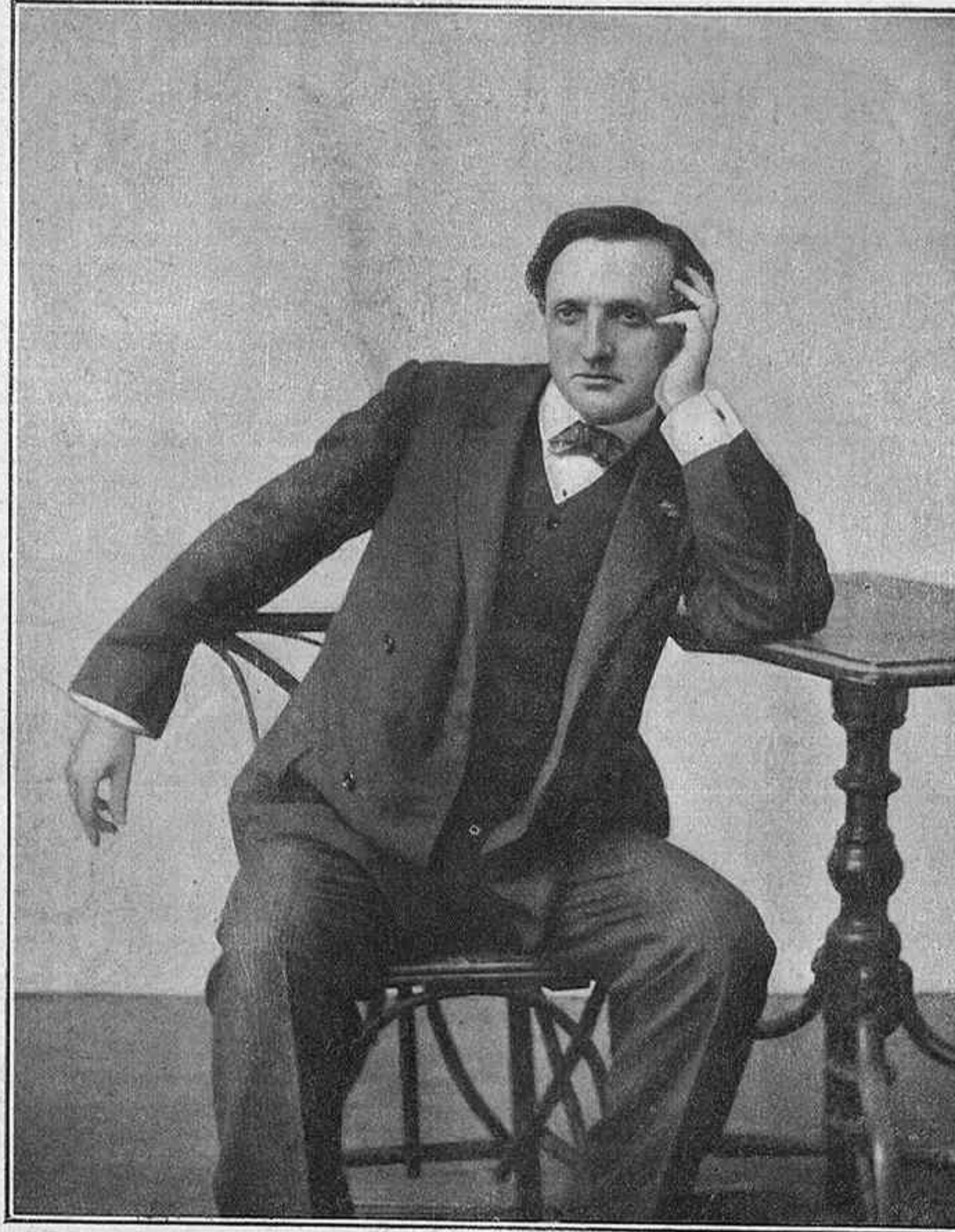
No cabe establecer comparaciones. Garavaglia ni vale más ni se iguala á otros actores meritísimos que han dejado grato recuerdo en nuestra ciudad, puesto que posee un arte propio, personal, que no sobrepaja ni es inferior al de sus antecesores, pero que revela su personalidad, resultando un genial intérprete del teatro moderno.

Cuanto es y cuanto vale lo debe á sus excepcionales aptitudes, á su extraordinario esfuerzo. Natural de San Zeno (Milán) y perteneciente á una distinguida familia, estudió en la Universidad de Pavía la carrera de Filosofía y Letras, obteniendo el título de doctor. Mas arrastrado por su vocación decidida, comenzó á dedicarse al teatro, á despecho de la voluntad de su padre, catedrático de matemáticas de aquella Universidad, sufriendo valerosamente toda clase de privaciones, hasta el extremo de ingresar en una compañía de último orden, cuyo trabajo se recompensaba con la irrisoria suma de ochenta céntimos diarios. Posteriormente pasó á formar parte de otra compañía que actuaba en un café-concierto, ofreciéndosele ocasión de conocer al gran actor César Rossi, quien interesóse vivamente por Garavaglia, al observar su mérito y sus estimables condiciones. A partir de aquel período abriéronsele nuevos horizontes, formando parte de las compañías de Andrea Maggi y de Eleonora Duse como galán joven, hasta convertirse en primer actor de la compañía de Luis Rasi.

Con Angelina Pagano ha recorrido varias repúblicas americanas, obteniendo señalados triunfos, y en el próximo mes de noviembre actuará en el teatro Argentino de Roma, para donde ha sido contratado.

Tal es este excelente artista, á quien el público de Barcelona ha podido aplaudir y admirar en la representación de personajes tan antitéticos y complejos como el cardenal de Médicis y el capitán Fracasa, demostrando un temperamento verdaderamente excepcional.

Reciba nuestros plácemes y con ellos el deseo de que vuelva á esta ciudad, para que podamos tributarle el homenaje á que tiene derecho por su talento y por su perseverancia.



El eminente actor italiano FERRUCCIO GARAVAGLIA, que ha dado recientemente una serie de representaciones con éxito extraordinario en el teatro Eldorado de esta ciudad. (De fotografía de A. Esplugas.)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

EL TABACO, por el Dr. M. Rodríguez Navas. — Forma parte este libro de la «Biblioteca Industrial y Agrícola» que con tanto éxito edita en Madrid la casa Bailly-Baillière é Hijos, y contiene, además de una noticia histórica sobre esta planta y de atinadísimas observaciones sobre su explotación, un estudio técnico completo de la misma y de todo cuanto se relaciona con su cultivo y operaciones que con ella se hacen. Véndese á dos pesetas en rústica y á 2'50 encuadrado en tela.

LA CONQUISTADORA, por Jorge Ohnet. — Los lectores de este periódico han podido apreciar el interés de esta obra, última producción del eminente novelista francés. No hemos de hacer, pues, su elogio; nos limitaremos á decir que la conocida casa editorial madrileña de F. Beltrán ha publicado una elegante edición de la misma en un volumen en 8.º de unas 350 páginas, lujosamente impreso, que se vende á 3'50 pesetas.

LOS CONSEJOS DEL QUIJOTE, por Manuel de Saralegui y Medina. — Interesante trabajo leído en la sesión celebrada por la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, para conmemorar la publicación del «Quijote» en 6 de mayo último, en el cual el Sr. Saralegui hace muy atinadas consideraciones sobre los consejos que el Ingenioso Hidalgo dió á su escudero cuando éste iba á encargarse del gobierno de la supuesta isla Barataria. Impreso en Madrid en la imprenta de Jaime Katés.

CONTRIBUCIÓN Á LA TERAPÉUTICA CONSERVADORA DE LOS DIENTES, por José Boniquet. — Folleto que contiene interesantes observaciones sobre la posibilidad de conservar los dientes mutilados, reconstruyendo sobre base natural la pérdida que hayan sufrido, en vez de arrancarlos. Acompaña á estas observaciones la descripción de algunos notables casos prácticos. Ha sido impreso en Madrid en la imprenta de La Odontología.

Dentición
JARABE DELABARRE
 Jarabe sin narcótico.
 Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
 EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
 FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, y en todas las FARMACIAS del GLOBO.

BORICINA
MEISSONNIER
 REMEDIO SOBERANO
 CONTRA LAS
 Enfermedades de la PIEL
 y de las MUCOSAS
 Higiene del TOCADOR
 EMPLEADA CON INMENSO ÉXITO
 en los Hospitales de Paris.
 Para evitar las Falsificaciones, exíjase la caja segun modelo al margen, entera y sellada.
 Depósito AL POR MAYOR en ESPAÑA: ALFREDO RIERA é HIJOS, Barcelona.

AVISO Á LAS SENORAS
EL AMOL
 JORET-HONGUE
 CUBA
 LOS DOLORES, REÍTARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F. G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
 EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
 Vendese en casa de J. FERRE, Farmaceutico,
 SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR,
 Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

Historia general del Arte
 Arquitectura, Pintura, Escultura,
 Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,
 Glíptica, Indumentaria, Tejidos
 Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
 LOS VERDADEROS Y EFICACES
 PRODUCTOS BLANCARD

PILULE de BLANCARD
 ANEMIA
 COLORES PÁLIDOS
 EMPOBRECIMIENTO
 de la SANGRE
 Escrófulas, etc.
 al IODURO de HIERRO
 INALTERABLE
 DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES
 Depósito: BLANCARD & C.º, 40, R. Bonaparte, Paris

HARINA LACTEADA NESTLÉ
 Contiene la mejor leche de vaca.
 Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ABOLEADA
 SARFOLLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CAÑESES é G.º
 2º St-Denis, 40

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleése el PILLIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN